

**Audiolibro La Embriaguez De La
Metamorfosis Stefan Zweig 2 5**

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Joel Solomon** (*Mission Viejo*) - - - - Aturdida, separada de sí misma y no habituada a tales espectáculos, Christine contempla el cambio dramático que supone esa transición continua de la enorme paleta desplegada. Así como le zumban los oídos a la persona que, sólo acostumbrada al sonido suave del violín y la flauta, oye por vez primera el tutti ensordecedor de una orquesta, a ella le tiemblan los sentidos ante el majestuoso juego cromático de la naturaleza que acaba de revelarse de golpe. Mira y mira, aferrada a la baranda. Nunca en su vida contempló con tal concentración un paisaje, nunca se sumió con tal plenitud en la contemplación, nunca se entregó tanto a su propia vivencia. Toda su energía vital está concentrada en dos ojos asombrados; mirando atónita, fluye transportada desde su propio yo al interior del paisaje, olvidándose de sí misma y del tiempo. Por fortuna, un vigilante de Cronos espera en esa casa previsor, el gong implacable que antes de cada comida recuerda a los huéspedes su verdadero deber, el de acicalarse para el lujo. Al oír el primer redoble del bronce, Christine se estremece. La tía le ha ordenado expresamente ser puntual, o sea que rápido, ¡a prepararse para la cena! Pero ¿cuál de los maravillosos vestidos nuevos elegir? Aún yacen, brillando suavemente como alas de libélula, uno al lado de otro en la cama; seductor resplandece uno desde la sombra, pero ella decide elegir el de color marfil para esta noche, por ser el más modesto. Lo coge con ternura y timidez y lo contempla asombrada. No pesa más que un pañuelo o un guante en la mano. Se quita rápidamente el jersey, los pesados zapatos de piel de Rusia, las gruesas medias deportivas, se desprende de todo lo pesado y sólido, impaciente por sentir el peso nuevo de la levedad. Cómo es todo blando, ligero y delicado. El mero hecho de tocar la ropa interior nueva y valiosa hace que los dedos tiemblen de respeto; el mero contacto ya resulta maravilloso. Se quita rápidamente del cuerpo la ropa dura de lino; una espuma tierna y cálida, el tejido nuevo y flexible cae como una llovizna sobre la piel desnuda. Quiere encender la luz en un gesto maquinal, pero la mano suelta el interruptor en el último instante; prefiere aplazar el placer mediante la expectación. Este tejido tan deliciosamente ligero tal vez sólo se sienta tan suave, tan blando, en la oscuridad, y su magia delicada quizá desaparezca a la postre bajo la luz aguda y tajante. Luego, después de la ropa interior, después de las medias, el vestido. Se pone la seda lisa con cuidado —pues al fin y al cabo pertenece a la tía—, y es una maravilla: como agua tibia y titilante se desliza desde los hombros hacia abajo y se amolda dócilmente a la desnudez; no se percibe, es como ir vestida de viento: los labios del aire sobre el cuerpo que se estremece. Pero no puede detenerse aquí, no puede entregarse al placer antes de tiempo, hay que acabar a toda prisa para poder verse por fin. Los zapatos, rápido, unos cuantos gestos con la mano, unos cuantos pasos, ¡listo, gracias a Dios! Y ahora —el corazón late de miedo—, el primer vistazo al espejo. La mano gira el interruptor, la luz irrumpe en la bombilla eléctrica. Mediante un único relámpago, vuelve a aparecer, clara, deslumbrante, la habitación apagada: los papeles pintados llenos de flores, los muebles discretamente reflectantes, el mundo nuevo y distinguido. Curiosa y al mismo tiempo temerosa, Christine no se atreve a adentrarse todavía en el radio de acción del espejo y se limita a mirar de soslayo ese cristal hablante que en un ángulo inclinado sólo muestra la franja de paisaje de detrás del balcón y un trozo del cuarto. Aún le falta el ánimo necesario para la verdadera prueba. ¿No parecerá más ridícula que antes en aquel vestido prestado? ¿No reconocerá todo el mundo, e incluso ella misma, el engaño? Así las cosas, se acerca poco a poco desde un lado a la superficie del espejo, como si pudiese engañar y seducir mediante la modestia al juez implacable. Ya se halla a escasa distancia del vidrio severo, pero sigue bajando la vista, aún teme la última y decisiva mirada. En eso se oye por segunda vez el estruendo del gong: ¡ya no hay tiempo que perder! Sacando de golpe fuerzas de flaqueza, respira hondo como si se dispusiera a dar un salto y alza decidida la vista hacia el duro cristal. Mira y enseguida se asusta, de manera tan intensa que la sorpresa la obliga a dar, sin querer, un paso atrás. Porque ¿quién es ésta? ¿Quién es la dama delgada y elegante que, con el tronco inclinado hacia atrás, la boca semiabierta, los ojos abiertos de par en par,

la mira con sincera y evidente sorpresa? ¿Es ella misma? ¡Imposible! No lo dice, no lo expresa a propósito. Pero la palabra deseada le ha movido de forma maquinales los labios. Y sí, se produce la maravilla: el reflejo también mueve los labios. El asombro le corta la respiración. Ni siquiera en sueños se atrevió a imaginarse tan joven y estupenda, tan acicalada. Del todo nuevos son esos labios encarnados y claramente perfilados, las cejas delicadamente marcadas, la nuca de pronto libre y luminosa bajo el casco dorado y arqueado del pelo, del todo nueva es la piel desnuda en el marco centelleante del vestido. Se acerca para reconocer su propio yo en ese juego de la imagen, y si bien se sabe en el espejo, no osa reconocer como verdadero y duradero ese otro yo, pues el temor que le machaca las sienes le sugiere que acercarse un paso más o realizar un movimiento brusco podría disolver aquella imagen regocijante. No, no puede ser verdad, piensa. Una no puede cambiar así de la noche a la mañana. Porque de ser cierto, entonces... Se detiene y no osa pensar la palabra. Pero el reflejo adivina el pensamiento y esboza una sonrisa interior, una sonrisa apenas perceptible al principio, pero cada vez más floreciente. Los ojos se echan a reír entonces abiertamente y con orgullo desde el vidrio oscuro, y los labios encarnados y relajados parecen admitir con alegría: «Sí, soy bella.» Es encantador verse así, descubrirse, contemplarse asombrada, descubrir y observar el propio cuerpo con una sensación de autoenamoramamiento desconocida hasta entonces, notar por primera vez que el pecho liberado se tensa bellamente bajo la seda, que las formas se dibujan con una línea fina y al mismo tiempo suave en los colores, que los hombros desnudos emergen sueltos, ligeros y florecientes del vestido. La curiosidad la impulsa a ver en movimiento el cuerpo que se presenta insospechadamente nuevo y esbelto. Gira hacia un lado con suma lentitud y estudia al mismo tiempo, volviendo el perfil, el efecto de su movimiento: la mirada al espejo vuelve a encontrar una mirada hermana, orgullosa y contenta. Eso le insufla valor. Ahora tres pasos atrás: el movimiento rápido también es bello. Entonces prueba una ágil pirueta, de suerte que vuela la corta falda, y el espejo vuelve a sonreír: «¡Fantástico! ¡Qué hábil y esbelta que eres!» Le encantaría bailar, tal es el arrebatador que siente en las articulaciones. Retrocede a la profundidad de la habitación y desfila luego al encuentro del espejo, y éste sonríe, sonríe con la mirada de Christine; desde todos lados prueba y examina y acaricia su propia imagen, y el autoenamoramamiento no se harta de ese yo nuevo y seductor que se le acerca sonriendo una y otra vez, joven, renovado y bien vestido, desde aquella hondura cristalina. Querría abrazar a la nueva persona que es ella, se le acerca a más no poder de suerte que casi se tocan las pupilas, las vivientes y las reflejadas, y los labios cálidos se acercan a los hermanos a punto del beso, de tal modo que el hálito de la respiración diluye por un momento la proximidad. En el juego maravilloso del autodescubrimiento, prueba diversos movimientos para ver de otra manera su metamorfosis. En eso vuelve a oírse el estruendo del gong procedente de abajo. Christine se estremece. Por Dios, lo esencial es no hacer esperar a la tía, que a buen seguro ya estará enfadada. Se cubre con el abrigo, un abrigo de noche ligero, colorido y orlado con una piel deliciosa. Luego, antes de que la mano toque el interruptor para apagar la luz, una ávida mirada de despedida, una última, ultimísima mirada al cristal regocijante. Vuelve a ver el brillo de los ojos al otro lado, la dicha cálida en la boca al mismo tiempo propia y ajena. «Fantástico, fantástico», le dice el espejo con una sonrisa. En alegre huida se dirige por el pasillo a la habitación de la tía, y el vestido fresco y sedoso que revolotea a su alrededor hace que el rápido movimiento sea para ella un placer. Se siente llevada por una ola, guiada por un viento bienaventurado; desde los días de la infancia no se ha sentido tan ligera, como si la llevaran en volandas: se ha iniciado la embriaguez de la metamorfosis en una persona. —Te va de maravilla. Te sienta como de molde— dice la tía—. Claro, cuando se es joven, no se necesita mucha magia. Sólo cuando el vestido debe esconder en vez de mostrar encuentra el sastre dificultades. Pero bromas aparte: te sienta como de molde, qué figura que tienes. Pero ahora hay que llevar la cabeza con más levedad, pues caminas, y no lo tomes a mal que te lo diga, siempre caminas con inseguridad, siempre inclinada, te encoges y te sumes en ti misma como un gato bajo la lluvia. Aún debes aprender a andar a la americana, o sea, ligera, libre, con la frente alta y mirando adelante como un barco ante al viento. Por el amor de Dios, ojalá fuera yo de nuevo tan joven. Christine se ruboriza. O sea que no se le nota nada, que no parece ni ridícula ni aldeana. Entretanto, la tía ha proseguido el examen y su mirada recorre toda la figura dando muestras de reconocimiento. —¡Impecable! Sólo allí, en el cuello, tiene que haber algún adorno. —Y empieza a rebuscar en el armario—. Toma, ¡ponte estas perlas! No, nena, no te asustes, nada de miedo, que no son auténticas. Las verdaderas están guardadas en la caja fuerte al otro lado del charco, pues no vamos a traer las auténticas a Europa para disfrute de vuestros ladrones. —Las perlas se deslizan frías y ajenas sobre la piel desnuda, que se estremece ligeramente—. Impecable. A ti todo te queda bien. Para un hombre debería ser un placer ataviarte. Pero ahora vamos. No podemos hacer esperar más tiempo a Anthony. ¡Pondrá unos ojos! Juntas bajan las escaleras. Descender así, con ese vestido que pone el cuerpo al descubierto, resulta extraño a Christine. Se siente tan ligera como si fuera desnuda; no anda, sino que levita, y tiene la sensación de que cada escalón se desliza hacia arriba para recibirla. En el segundo rellano tropiezan con un señor mayor vestido con un smoking; su pelo blanco y liso parece separado por un cuchillo en la coronilla. El señor saluda con suma

cortesía a la tía, se detiene para dejar pasar a ambas, y en ese breve instante Christine percibe un encaro especial, una mirada masculina, admirativa, casi de veneración. Enseguida siente un calor en las mejillas: nunca en su vida un hombre de rango, un verdadero caballero la ha saludado de forma tan distanciada y respetuosa, y al mismo tiempo con el reconocimiento del experto. —Es el general Elkins, seguro que conoces el nombre de la época de la guerra, el presidente de la Sociedad Geográfica de Londres —declara la tía—. Es toda una celebridad, en sus años de servicio hizo importantes descubrimientos en el Tibet. Te lo presentaré, pues es lo mejor de lo mejor y hasta lo reciben en la corte. Christine, feliz, percibe la efervescencia de la sangre. Un hombre tan distinguido y viajado no la reconoció como una simple espectadora ni la despreció por ello, sino que se inclinó como ante una aristócrata, como ante un igual. A partir de ese momento se siente legitimada. Y otra confirmación. El tío se asombra igualmente, no bien se acercan a la mesa. — ¡Vaya sorpresa! Pero ¡cómo te has acicalado! Tienes una pinta... oh, perdón, un aspecto maravilloso. Christine vuelve a notar que se ruboriza de placer y percibe hasta en la columna vertebral el cálido estremecimiento que la recorre. —Me parece, tío, que al final me vas a piropear —dice ella en un intento de tomárselo a broma. —Y tanto —responde el anciano y se esponja sin darse cuenta. La pechera arrugada de la camisa se tensa de golpe, la campechanía propia de un tío desaparece, y en sus ojos bordeados de un color encarnado y hundidos en los pliegues adiposos centellea una luz curiosa y casi cargada de deseo. El placer que siente por esta joven inesperadamente guapa hace de él una persona extraordinariamente locuaz y animada; suelta tantas observaciones y afirmaciones expertas sobre el aspecto de la joven que la tía frena con tono alegre ese entusiasmo curioso y detallado, invitándolo a que no haga perder la cabeza a la muchacha, que de eso ya se encargarán, y con mayor discreción, los hombres más jóvenes. Entretanto han llegado ya los camareros dispuestos a servir: se paran con gesto respetuoso junto a la mesa, como monaguillos al lado del altar, esperando una señal de aprobación. Qué extraño, piensa Christine, ¿cómo pude, hoy al mediodía, tener tanto miedo a estos hombres corteses, discretos y magníficamente silenciosos cuyo único deseo parece consistir en que su presencia pase inadvertida? Ataca la comida con audacia, pues el temor ha desaparecido y el hambre provocada por el largo viaje pide la palabra con energía. Le saben a maravilla las ligeras empanadas trufadas, el asado rodeado de arriates de verduras, los postres delicados y espumosos que previsoras espátulas de plata le ponen una y otra vez en el plato; no debe ocuparse de nada ni pensar en nada, y de hecho ya nada le extraña. Todo allí es maravilloso y la maravilla suprema es que ella misma pueda estar presente en la sala radiante, repleta y sin embargo silenciosa, llena de personas engalanadas con selectos requilorios y seguramente muy importantes... pero no, mejor no pensar en ello, no pensar nunca en ello mientras pueda estar allí. A todo esto, lo que mejor le sabe es el vino. Debe de estar hecho con uvas doradas, bendecidas por el sol del sur, debe de provenir de países buenos y afortunados; brilla con la transparencia del ámbar en la copa cristalina y descende por el gargate acariciándolo como un óleo dulce y frío. Al principio, Christine sólo se atreve a probarlo con timidez y suma reverencia, pero, incitada por el tío que se entusiasma por el evidente placer de la joven y le da una y otra vez la bienvenida, se deja llenar la copa en varias ocasiones. Sin que quiera ni se dé cuenta, sus labios empiezan a soltarse. La risa le brota ligera de la garganta, a borbotones, como el champán al descorcharse, y ella misma se asombra al ver con qué despreocupación se mezcla entre las palabras la espuma divertida de la hilaridad; tiene la sensación de que en su interior ha saltado el tapón del miedo que le apretaba el corazón. ¿Por qué tener miedo en aquel lugar? Son todos tan buenos, la tía, el tío; tan bellas y arregladas esas personas cuidadas y estupendas alrededor; tan hermoso el mundo, la vida en general. El tío, sentado frente a ella, se siente cómodo, contento, a sus anchas: la euforia repentina y desbordante de la joven lo divierte sobremanera. Ser joven otra vez, agarrar con fuerza a una muchacha efervescente y chispeante como ésta, piensa. Se siente alegre, animado, estimulado, fresco y casi audaz; normalmente flemático y más bien malhumorado, rebusca ahora toda suerte de bromas, incluso alguna atrevida, al refrescársele la memoria; de modo inconsciente, quiere atizar el fuego que le calienta los huesos de manera tan placentera. Ronronea complacido como un gato, la chaqueta le da calor y las mejillas se vuelven sospechosamente coloradas: de pronto parece el rey de las legumbres en el cuadro de Jordaens, con los mofletes encarnados por el vino y el placer. Brinda una y otra vez por Christine y está a punto de pedir un champán cuando su vigilante, que no ha cesado de divertirse, le pone la mano en el brazo a modo de advertencia y le recuerda un mandato médico. Entretanto ha empezado a oírse, proveniente de la sala contigua, un rumor rítmico que matraquea, cencerrea, tamborilea y berrea como un fuelle enloquecido: la música de baile. El anciano pone su puro brasileño en el cenicero y guiña el ojo: — ¿Qué? ¿Quieres bailar? Noto en tus ojos que sí. — Sólo contigo, tío —lo lisonjea ella arrastrada por una alegría desbordante, (Dios mío, ¿no estaré un poco achispada?). Reacciona con una risa a cualquier bagatela, un cosquilleo extraño se ha asentado en la garganta y cada palabra es acompañada por un trino imparable y alegre. —No digas que de esa agua no beberás —gruñe el tío—. Hay unos muchachos terriblemente apuestos por aquí, y tres juntos no suman tantos años como yo, y cada uno baila siete veces mejor que yo,

rinoceronte anciano y gotoso. O sea que la responsabilidad es tuya: si tienes ánimo, nos ponemos manos a la obra. Le ofrece con galantería decimonónica el brazo, ella lo coge y charla y se ríe y se retuerce y no para de reír, mientras la tía sigue divertida sus pasos, la música retumba, la sala centellea clara y llena de colores, los huéspedes observan con curiosidad, los camareros desplazan una mesa, y todo es amable, alegre y acogedor, de modo que no hace falta mucho valor para meterse en el abigarrado remolino. Tío Anthony no es desde luego un bailarín consumado, un pliegue adiposo se menea arriba y abajo a cada paso, y el corpulento caballero de pelo gris guía de forma torpe y vacilante a su compañera. Pero quien guía de verdad es la música, esa música satánica, briosa, sincopada, arrebatadora, vertiginosa y, no obstante, increíblemente precisa. Cada golpe rítmico de los platillos se clava de un modo maravilloso en las corvas, y con qué suavidad relaja luego la arqueada del violín las articulaciones, y cómo se siente uno sacudido, bataneado, amasado y sometido por la presa estridente del compás que avanza de forma implacable. Tocan con virtuosismo diabólico, y en efecto, esos argentinos morenos con chaquetas pardas y botones dorados parecen diablos, diablos de librea, todos enloquecidos, allá el delgado, el de las gafas centelleantes que se desgañita y sorbe su saxofón como si, borracho, se bebiera todo su contenido, y casi más fanático parece aquel gordo de pelo lanudo a su lado, que aporrea las teclas con bien estudiado entusiasmo y aparentemente al buen tuntún, mientras que su vecino, que regaña los dientes mostrando hasta la última muela, descarga una rabia incomprensible en el timbal y los platillos. Todos parecen picados por la tarántula, se mueven y se agitan sin cesar en sus sillas como si recibieran descargas eléctricas, y golpean y estrujan sus instrumentos con sinuosidad de monos y furor forzado. Pero esa forja infernal de ruidos —Christine lo percibe mientras baila— trabaja con la precisión de una máquina de coser; todas esas exageraciones africanas, las sonrisas, los chillidos, los gestos, los toques, los gritos y bromas que funcionan como latigazos, todos han sido ensayados hasta el más mínimo detalle ante el espejo y la partitura, de modo que el furor actúa a la perfección. Las damas de piernas largas, de cinturas delgadas, pálidas a fuerza de polvos de tocador, parecen saberlo porque no se dejan llevar ni excitar de modo visible por esa fogosidad fingida cada noche de nuevo. Con una sonrisa maquillada con fijeza y unas manos inquietas marcadas con toques de lápiz de labios, se apoyan con soltura en el brazo del bailarín, y la mirada rectilínea de sus ojos parece demostrar que piensan en otra cosa o, lo que es más probable, en nada. Sólo ella, la extraña, la nueva, la asombrada debe defenderse de la tentación de revelar su excitación, debe amortiguar sus miradas porque todo el tiempo siente su sangre sacudida por la música maliciosa, efervescente y cínicamente apasionada que ase a la persona con insolencia. Y cuando el ritmo desbocado se detiene de pronto y se produce un silencio, Christine respira aliviada como si hubiera escapado a un peligro. El tío, orgulloso y corpulento, también jadea; por fin puede resoplar y enjugarse el sudor de la frente. Con pasos triunfales conduce a Christine de vuelta a la mesa, y — ¡oh sorpresa! — la tía ya ha pedido un sorbete helado para ambos. Precisamente hace unos instantes Christine percibió con los nervios antes que a través de un deseo consciente lo maravilloso que sería refrescar ahora la garganta y la sangre; y ahora hay allí una copa de plata guarnecida de hielo. Es un mundo fantástico donde el cumplimiento se adelanta a los deseos sin ser invocado. ¡Aquí una no puede ser más que feliz! Entusiasmada, absorbe el ardor frío, el picor suave del sorbete, como si por esa única pajita chupara todo el jugo y toda la dulzura del mundo. El corazón le late a ritmo irregular por el placer y en sus dedos tiembla una voluntad de ternura. Sin querer, mira alrededor por ver a quién o qué captar con la mirada para soltar algo de su rebosamiento interno, de su gratitud ardiente. Y ve al tío, al buen anciano a su lado; sentado en la cómoda silla y un tanto descompuesto, sigue resoplando y jadeando y enjugándose con un pañuelo las gotas de sudor de la cara. Ha hecho un esfuerzo desesperado y quizás incluso excesivo por dar una alegría a Christine; por eso, ella no puede menos de acariciar, con suavidad y agradecimiento, la mano pesada y apergaminada que se apoya en el brazo de la silla. El anciano responde con una sonrisa y se reanima. Entiende el significado del gesto irrefrenable de esa persona joven y tímida que acaba de despertar; y disfruta con placidez paternal del desbordante reconocimiento. Pero ¿no es injusto dar las gracias sólo a él y no igualmente a la tía, a la que debe todo, su presencia aquí, la cariñosa protección que le ha brindado, el vestido exuberante y la seguridad dichosa en ese ambiente lujoso y embriagador? Así pues, coge con la izquierda la mano de la tía y se queda allí sentada, unida a ambos, con la mirada radiante en la sala resplandeciente, como una niña bajo el árbol de Navidad. En eso vuelve a atacar la música, con tonos más tiernos, blandos y oscuros esta vez, arrastrando una cola de seda centelleante: un tango. El tío pone cara de desamparo: que lo disculpe, viene a decir, pero sus piernas de sesenta y siete años no aguantan una danza tan dúctil. —Pero no, tío, prefiero mil veces estar sentada aquí con vosotros —afirma ella, y lo dice con toda sinceridad mientras agarra las manos a derecha y a izquierda. Pero entonces aparece ante ella la sombra de una reverencia: un hombre alto, de hombros anchos y expresión belicosa, de cara bien rasurada y tostada por el sol alpino sobre la coraza nívea del smoking. Choca los talones al estilo alemán y pide correctamente permiso a la tía en un acento pulido típico del norte de Alemania. — Encantada —responde la tía, orgullosa del rápido éxito de su protegida. Christine se levanta aturdida y con las

rodillas un tanto temblorosas. La sorpresa de verse elegida por un hombre extraño y elegante entre todas esas muchas mujeres bellas y adornadas le ha golpeado el corazón con un ligero martillazo. Después de respirar hondo con el pecho sumido en sentimientos confusos, pone la mano temblorosa sobre el hombro del distinguido caballero. Desde el primer paso se siente llevada con ligereza y al mismo tiempo con autoridad por ese bailarín impecable. Sólo ha de ceder a la presión apenas perceptible, y el cuerpo se amolda enseguida a las flexiones y movimientos del hombre; sólo debe entregarse dócilmente al ritmo relajante que la arrastra con suavidad, y el pie da con el paso correcto casi por arte de magia. Nunca ha bailado así y le asombra lo fácil que le resulta. Como si de golpe le hubiera sido dado otro cuerpo bajo este otro vestido, como si hubiera aprendido y practicado el movimiento sinuoso en un sueño olvidado, tales son la perfección y la facilidad con que sigue a una voluntad ajena. De pronto se cree segura como en un sueño; para su asombro, se siente flotar sin peso alguno por la sala, reclinando la cabeza como si fuera en un cojín de nubes, los ojos entornados, los pechos que tiemblan suavemente bajo el vestido sedoso, totalmente suelta y sin pertenecer ya a sí misma. A veces, cuando alza la vista hacia ese rostro cercano y extraño desde las ondas fluentes de su ser-llevada, cree observar una sonrisa satisfecha y aprobatoria en las pupilas duras, y entonces tiene la sensación de que la mano ajena que la guía la aprieta cada vez con más confianza. Un miedo minúsculo, cosquilleante y casi voluptuoso titila vagamente en su sangre; ¿qué hacer si esas manos viriles la cogieran con más fuerza de las muñecas, si ese extraño de cara que parece esculpida la agarrara de pronto y la tirara hacia sí? ¿Podría defenderse? ¿No se precipitaría del todo, no se entregaría como ahora sólo a la danza? Sin que lo intuya, algo de la sensualidad de tales pensamientos semiconscientes se transmite a sus miembros, que ceden cada vez con mayor soltura. Algunas personas sentadas en el círculo ya observan a esa pareja perfecta, y ella, a su vez, percibe con embriaguez e intensidad en medio del baile el hecho de ser observada y admirada. Cada vez más dócil y segura, se adapta a la voluntad del compañero que la lleva, y el placer encontrado por su cuerpo fluye como por poros recién abiertos hacia el interior y tensa el alma, que acoge un sentimiento jamás vivido hasta entonces. Después del baile, el caballero alto y rubio —que se ha presentado como ingeniero de Gladbach— la acompaña cortésmente a la mesa del tío. Cuando le suelta el brazo y desaparece el calor de ese mínimo contacto, Christine se siente frágil y menguada, como si una parte de su nueva fuerza se esfumara al romperse el nexo. Todavía no ha recuperado los sentidos al sentarse. Débil y regocijada, sonrío al tío, quien la recibe con amabilidad, y en un primer momento ni siquiera se da cuenta de que hay una tercera persona sentada a la mesa: el general Elkins. Este se levanta con sumo tacto y hace una reverencia. Se ha acercado expresamente para pedir a la tía que le presente a esta charming girl: se planta ante ella como ante una gran dama, con el cuerpo rígido e inclinando la cabeza con respeto. Christine se asusta y trata de recuperar los sentidos. Por Dios, ¿qué decirle a este señor terriblemente distinguido y famoso cuya imagen, cuenta la tía, apareció en todos los diarios y hasta en el cine? Pero es el propio general Elkins quien se disculpa por su deficiente alemán. Estudió en Heidelberg, dice, pero eso ocurrió —le resulta triste confesarlo— hace más de cuarenta años, y una bailarina tan fantástica como ella deberá perdonarle que se permita pedirle el próximo baile: aún lleva una esquirra de la batalla de Ypern en el muslo izquierdo, afirma el general, pero al fin y al cabo sólo mostrando indulgencia puede uno salir adelante en esta vida. Christine, avergonzada, no sabe qué contestar, y sólo mientras baila con él lenta y cautelosamente se asombra de lo fácil que le resulta de pronto la conversación. Algo se estremece bajo su piel: ¿quién soy de hecho, qué me está pasando? ¿Por qué puedo hacer todo esto de pronto? ¿Con qué soltura me nuevo, y eso que mi maestro de baile me trataba de rígida y patosa? Ahora, en cambio, soy más bien yo quien lo lleva. Y con qué soltura hablo, y supongo que no digo ninguna ingenuidad, porque este caballero tan importante me escucha con benevolencia. ¿Me habrá cambiado el vestido, el mundo, o lo llevaba todo dentro y sólo carecía de valor, sólo estaba siempre demasiado atemorizada? Mi madre lo decía. A lo mejor no es todo tan difícil, a lo mejor la vida es infinitamente más ligera de lo que creía, sólo hay que tener arrojo, sentirse y percibirse a sí misma, y la fuerza acude entonces de cielos insospechados. Después del baile, el general Elkins la pasea por la sala con pasos lentos y ceremoniosos. Ella camina orgullosa cogida de su brazo, siente enderezarse el cuello mientras mira con seguridad hacia delante e intuye que esta postura erguida la embellece y rejuvenece. El general Elkins, a quien confiesa abiertamente durante la conversación estar por vez primera en aquella zona y no conocer la auténtica Engadina, ni Maloja, ni Sils-Maria, parece alegrarse de esta confesión y no le pierde por eso el respeto. Si le permite llevarla al día siguiente por la mañana en automóvil a Maloja, pregunta el general. —Encantada —responde ella, asustada por la dicha y el respeto, y — ¿de dónde tanto valor de golpe? — estrecha la mano del distinguido anciano en un gesto de agradecimiento y casi de camaradería. Se siente cada vez más confiada y segura de sí misma en ese espacio que aquella misma mañana aún le pareció hostil, desde que todas las personas compiten por proporcionarle una alegría imprevista, desde que nota con qué plenitud y confianza la fugaz reunión se liga para convertirse en sociabilidad, mientras allá abajo en su mundo estrecho uno envidia al otro el pan y el anillo del dedo. Fascinada, cuenta al tío y a la

tía la benévola invitación del general, pero no le dejan mucho tiempo para hablar. Pues el ingeniero alemán atraviesa la sala para dirigirse a ella y vuelve a invitarla a bailar. A través de él conoce además a un médico francés; el tío, a su vez, le presenta a su amigo norteamericano y a toda una serie de personas cuyos nombres, excitada y dichosa como está, no entiende; en diez años no la han rodeado tantas personas corteses y elegantes como en estas dos horas. La sacan a bailar, le ofrecen licores y cigarrillos, la invitan a excursiones y a un día de campo en la montaña, todos muestran curiosidad por conocerla, y todos la miman con una amabilidad que aquí, por lo visto, es propia de todas las personas. —Estás causando sensación, niña —le susurra la tía, orgullosa del torbellino que se ha formado en torno a su protegida, y sólo un bostezo a duras penas ocultado del tío advierte a ambas mujeres que el anciano se ha ido cansando poco a poco. Niega por vanidad la evidente fatiga, pero al final cede. —Pues sí, quizá sea mejor descansar todos un poco. No hacer demasiado de golpe. Que mañana es otro día, and we will make a good job of it. Christine lanza una última mirada a aquella sala cautivadora que refleja la luz de los candelabros y de las lámparas eléctricas y palpita por la música y el diáfano movimiento; se siente renovada y refrescada como si acabara de emerger de un baño, todos sus nervios tiemblan de alegría. Coge el brazo del anciano apoyándolo agradecida, se inclina con rapidez y besa la mano apergaminada en un arranque de emoción irresistible. Luego se encuentra sola en su habitación, asombrada y confusa, asustada por sí misma y por el silencio que de pronto la rodea: sólo entonces siente cómo arde su piel bajo ese vestido tan suelto. De repente, el cuarto cerrado le resulta demasiado estrecho, el cuerpo hirviente y excitado se siente demasiado tenso bajo el sentimiento exaltado y todopoderoso. Un impulso, y la puerta del balcón se abre, al tiempo que el frescor de la nieve irrumpe maravillosamente y se abalanza sobre los hombros desnudos. Vuelve, clara y regular, la respiración, y ella sale al balcón y se estremece regocijada al sentir su propia plétora ardiente frente al inmenso vacío del paisaje y deja que su pequeño corazón terrenal palpite solo y desenfrenado bajo la gigantesca bóveda de la noche. También aquí reina el silencio, pero más poderoso y elemental que el del espacio abovedado por los hombres, un silencio que no oprime, sino que disuelve y relaja. Mudas yacen ahora en sus sombras las montañas antes relucientes, como gigantes negros agazapados con ojos fosforescentes de nieve, y el aire está totalmente quieto, sin un soplo, a la luz opalina de la luna ya redonda. Ésta flota arriba como una perla amarilla abollada entre los diamantes esparcidos que son las estrellas; su luz pálida y fría, delgada e incierta desvela los contornos nebulosos del valle. Christine nunca ha sentido nada tan poderoso, nada que domine el alma con tal suavidad como este paisaje que calla no de manera humana, sino divina, de suerte que la excitación se desprende de ella dulcemente para perderse en la calma sin fondo, y ella escucha y escucha, y escuchando se adentra apasionadamente en aquel silencio para disolverse en él con sus sentimientos. De repente, como si emergiera del propio universo, un bloque bronceo irrumpe en el aire helado: la campana suena abajo en el valle, y las peñas escarpadas a izquierda y derecha devuelven sobresaltadas la pelota metálica. Como si el badajo hubiese dado en su corazón, Christine se sobresalta también y apresta los oídos. Al tiempo que contiene la respiración, va contando los golpes: nueve, diez, once, doce, ¡medianoche! ¿Será posible? ¿O sea que sólo han pasado doce horas desde que llegó, tímida, cohibida, turbada, con un alma seca, pequeña y miserable, un solo día o, de hecho, medio día? En ese instante, un ser humano dichoso y agitado, sacudido hasta en sus entrañas, empieza a intuir por primera vez de qué materia misteriosa, delicada y dúctil está tejida nuestra alma, de suerte que una única vivencia consigue ampliarla hasta el infinito y abarcar todo un universo en su minúsculo espacio. Hasta el sueño es diferente en este mundo nuevo; es más denso, oscuro, narcótico; es sumirse plenamente en sí mismo. Al despertar, Christine debe rescatar los sentidos ahogados en unas profundidades del sueño hasta entonces desconocidas: con esfuerzo, poco a poco, a empujones, como desde un pozo de garrucha insondable, se alza la conciencia sumergida. Primer afecto: una sensación indeterminada del tiempo. Lo perciben los párpados cerrados: clarea, ya debe de haber luz en la habitación, ya debe de ser de día. Y el pensamiento angustiado enseguida se aferra a esta sensación sorda y confusa que se adentra en las honduras del sueño: ¡no descuides la oficina! ¡No llegues tarde! Automáticamente se pone en marcha la cadena de pensamientos devanados desde hace años en el inconsciente: ahora mismo chirriará el despertador... o sea que nada de dormirse... deber, deber, deber... levantarse rápido, que el servicio empieza a las ocho, y antes he de poner la estufa, preparar el café, ir a buscar la leche, cambiarle el vendaje a mi madre, hacer los preparativos para el mediodía, ¿y qué más?... Algo he de hacer todavía... Pues sí, pagar a la tendera, que ayer ya me recordó la deuda... No, no recaer en el sueño, estar lista, salir de la cama no bien suene el despertador... Pero ¿hoy qué pasa? ¿Por qué espera? ¿Estará roto, habré olvidado darle cuerda?... ¿Por qué no suelta su ruido estridente, habiendo como hay luz en la habitación? Por el amor de Dios, ¿me habré dormido? ¿Serán las siete, las ocho o las nueve, y la gente esperando encrespada ante el mostrador como aquella vez que caí enferma y ya querían presentar una queja a la dirección? Ahora que están despidiendo a tantos empleados... Dios mío, lo esencial es no llegar tarde, no dormirse... Hasta por debajo del humus del sueño escarba como un topo el miedo corrosivo a la

impuntualidad. Y esta angustia tironea de modo tan doloroso de los sentidos aturridos de Christine que el sueño se desprende de pronto de ella y los párpados se abren de golpe. Pero... su mirada tantea aterrada el techo... pero ¿dónde estoy? En vez del techo de la buhardilla, cotidiano, inclinado, revestido de humo y de grises telarañas, cortado por vigas marrones, flota sobre ella un techo níveo, pulido y rectangular, enmarcado con delicadeza por unos listones dorados. ¿Y por dónde entra de pronto toda esta luz en el cuarto? Una ventana nueva debe de haberse abierto de la noche a la mañana. ¿Dónde estoy? ¿Dónde? La confundida se mira las manos. Pero éstas no yacen como siempre sobre el cobertor marrón, viejo y remendado de pelo de camello, y la manta también se ha transformado de improvisado y es ligera, esponjosa, azul y con flores rojizas bordadas. No — ¡primer impulso! —, ésta no es mi cama. No —segundo impulso—, ésta no es mi habitación, y —tercer impulso, más desenfadado— una mirada plenamente consciente y ella ya lo sabe todo: vacaciones, viaje, libertad, Suiza, la tía, el tío, el hotel maravilloso. ¡No existen ni el miedo, ni los deberes, ni el servicio, ni el tiempo, ni el despertador! Ni la cocina, ni la angustia... nadie espera, nadie apremia: el molino cruel de las fatigas que lleva diez años moliendo su vida se ha detenido de pronto. Una puede —qué maravilla, cómo te mantiene blanda y abrigada la cama en este lugar—, una puede quedarse tumbada y sentir la sangre que fluye con calma en las venas, percibir la luz que espera detrás de las cortinas fruncidas con delicadeza y el calor suave sobre la piel que respira. Una puede cerrar los ojos sin miedo y con siempre justificada pereza, puede soñar y estirarse y desperezarse, pues se pertenece a sí misma. Hasta puede — ahora lo recuerda, pues se lo dijo la tía— pulsar el botón situado sobre el cabezal de la cama, bajo el cual hay dibujado un camarero del tamaño de un sello; basta estirar el brazo y —magia— al cabo de dos minutos el camarero llama a la puerta, la abre y entra con discreción, y un cochecito gracioso se desliza sobre ruedecitas de goma, (ya admiró uno en la habitación de la tía) y trae, servidos en hermosa vajilla acompañada de servilletas blancas de damasco, té, chocolate o café que cada cual elige a su gusto. El desayuno llega solo, no hay que moler granos ni encender el fuego ni trajinar en la cocina con las piernas desnudas y ateridas y con los pies calzados con pantuflas, no, todo entra preparado, con pan blanco y miel dorada y exquisiteces como las del día anterior, y un trineo mágico se desliza listo hasta la cama blanda y cálida sin que ella deba ocuparse de nada ni mover siquiera un dedo. También se puede pulsar otro botón, aquél donde el letrero de latón muestra una muchacha de cofia blanca, y ésta, con delantal blanco y vestido negro, enseguida entra a hurtadillas tras llamar suavemente a la puerta, pregunta qué desea la señorita, si quiere que le suba las persianas o que le corra o descorra las cortinas o que le prepare un baño. Se puede querer y hacer todo y, sin embargo, no hace falta hacer ni querer nada. Una puede tocar el timbre o no tocarlo, puede levantarse o no levantarse, volver a dormirse o quedarse tumbada como quiera, con los ojos abiertos o cerrados, y dejarse rociar por el bálsamo de los pensamientos positivos y relajantes. También puede no pensar nada y dejarse llevar por sensaciones imprecisas y placenteras: el tiempo pertenece a la persona, no la persona al tiempo. Una no es arrastrada por la rueda vertiginosa de las horas y de los segundos, sino que se desliza por el tiempo con los ojos cerrados como un bote con los remos levantados. Christine yace, pues, sueña y disfruta de esta sensación nueva, mientras en sus oídos la sangre se recrea excitada y retumba como lejano doble de campanas dominicales. Pero no —un impulso para apartarse de la almohada—, ¡no es hora de soñar demasiado! ¡No hay que malgastar este tiempo único, este tiempo que a cada segundo regala una sorpresa, a cual más sublime! Podrá soñar luego durante años en casa, allá echada sobre la cama de madera gastada y rechinante con sus colchones duros, y también sentada al escritorio manchado de tinta de la oficina, mientras los campesinos trabajan el campo y el reloj siempre implacable recorre, tic, tac, tic, tac, la habitación como un guardia pedante: allí, soñar es mejor que la vigilia, mientras que aquí, en este mundo divino, el sueño es un derroche. Un último impulso, y se levanta de la cama, se moja la frente y la nuca con agua fría y ya se siente fresca. Luego, a ponerse la ropa nueva con rapidez —ay, cómo cruje y tiembla, con qué suavidad, esa ropa. Su cuerpo ha olvidado las nuevas sensaciones vividas el día anterior, y la piel vuelve a disfrutar regocijada de lo suave y acariciante de esa espléndida tela. Sin embargo, no es hora de detenerse en pequeños placeres, hay que salir, salir de esta habitación, salir adonde sea, sentir con mayor intensidad la felicidad, la libertad, dejar que los miembros se ejerciten, que los ojos se llenen, pues hay que estar despierta, más despierta, hay que estar viva con los poros y sentidos abiertos de par en par. Se pone el jersey a toda prisa, se cala el gorro y baja las escaleras a toda velocidad. Los pasillos del hotel están aún sumidos en una penumbra gris y vacua a la luz fría del alba; sólo abajo, en el vestíbulo, se ve a algunos miembros del personal que cepillan las alfombras continuas con máquinas de limpieza eléctricas; asombrado, con ojos hinchados y malhumorados, el portero de noche se queda mirando a ese huésped matutino y tarda en levantar, con gesto somnoliento, la gorra. Pobre hombre, o sea que aquí también mandan el servicio pesado, el trabajo secreto, el esfuerzo mal pagado, el deber de levantarse y ser puntual. Pero conviene no pensar en ello, a mí qué me importa, no quiero sentir a nadie más que a mí, a mí, o sea que adelante, pasar de largo, salir al aire que asalta con su frialdad, que espabila de golpe los párpados, los labios y las

mejillas como un trapo helado. Por el amor de Dios, qué frío que es este aire alpino que ase a la persona, le cala los huesos... Lo único que sirve es correr, calentar la sangre corriendo, seguir en línea recta el camino, que ya llevará a algún sitio, adonde sea, pues aquí arriba todo es nuevo y encantador. Mientras avanza a grandes zancadas, Christine se percata del vacío inesperado de la mañana. Todo el torbellino humano que inundaba las calles el día anterior al mediodía parece guardado todavía en las grandes cajas de piedra de los hoteles, y hasta el paisaje yace con los ojos cerrados en una suerte de sueño gris y magnético. No se oye ni un tono en el aire, apagada está la luna ayer todavía dorada, han desaparecido las estrellas, han pasado los colores, y las rocas se pierden pálidas e incoloras como metal frío en la amalgama de la niebla. Sólo en las cumbres más altas de las montañas se desplazan inquietas las densas nebulosas, una fuerza invisible parece estirarlas y tironearlas, y de vez en cuando se desprende una masa compacta y asciende como una torunda densa y blanca de algodón hacia lo más alto y diáfano. Y cuanto más sube, tanto más colorea una luz insondable sus contornos fluentes y traza la línea de su borde dorado: el sol debe de estar cerca, ya se mueve detrás de las cimas, no se lo ve todavía, pero la atmósfera ya percibe con inquietud respirante su energía calorífica. A su encuentro, pues, a subir, ¡arriba! Más alto, tal vez por este camino serpenteante cubierto de guijarros ligeros como el sendero de un jardín; no puede ser difícil, y en efecto, el camino se presta a la perfección para andar: asombrada, la inexperta percibe con qué alegría y elasticidad le obedecen de pronto las articulaciones de las rodillas, cómo el camino con sus cómodas curvas, cómo el aire liviano y sustentante le empujan, por así decirlo, el cuerpo hacia arriba. Es una maravilla ver con qué prontitud esta agitación calienta la sangre. Se arranca los guantes, el jersey, el gorro: no sólo los labios y los pulmones, sino también la piel latiente ha de respirar el frescor estimulante. Cuanto más rápido anda, tanto más se ejercita y se acelera el paso. De hecho, debería detenerse, porque el corazón le golpea el pecho con vigor, el pulso le late en los oídos, las sienas palpitan; y es, en efecto, una maravilla descansar un segundo y ver desde aquel primer giro los bosques que, abajo, se sacuden el vapor enredado en sus melenas, las calles que trazan líneas blancas en el verde exuberante, el río curvo y lustroso como una cimitarra, y más allá, en la tronera entre dos cimas, la esclusa repentinamente abierta del sol matutino. Es una maravilla, y ella lo percibe en el ascenso febril, pero el impulso de su carrera no tolera ninguna interrupción, ¡adelante!, ¡adelante!, dice el tambor fanático y trepidante del corazón, ¡adelante!, ¡adelante!, la incita el ritmo marcado por los músculos y los tendones, de suerte que el cuerpo enardecido y embriagado por la propia tensión sigue saltando y subiendo sin que ella sepa ni adonde ni por cuánto tiempo ni hasta qué altura. Por último, al cabo de una hora más o menos, al llegar a una vista panorámica en que el resalto de la montaña se comba como una rampa, se estira en la hierba. ¡Basta! Basta por hoy. Se siente mareada y extraña, la sangre palpita y tamborilea bajo los párpados, la piel sometida al masaje del viento arde intensamente, como si fuese a desgarrarse, pero todas esas sensaciones corporales, pese a parecerse al dolor, son percibidas por la joven ebria de sí misma como una especie de placer nuevo y desconocido; en ese tumulto de su cuerpo se siente viva y joven como nunca. Nunca ha imaginado que su sangre pueda fluir con tal vigor por las venas, pueda expandirse de modo tan placentero, impulsivo y salvaje; nunca sintió de manera tan consciente la tensión y agilidad de su joven cuerpo como en ese cansancio inmensamente bueno y lleno de un rumor embriagador. Rociada por el sol, inundada por el viento alpino blanco y remolineante, con las manos hundidas, en gesto de placer, en el musgo fragante y helado mientras las nubes se insertan en un azul nunca soñado y abajo se extiende el panorama del valle, ella permanece tumbada, aturdida y embriagada por sí misma en medio del placer, disfrutando del yo efervescente y del aflujo tempestuoso del mundo, en un estado que es al mismo tiempo de sueño y de vigilia. Permanece una o dos horas estirada, hasta que el sol le quema los labios. Se levanta entonces de un salto, recoge rápidamente unas flores aún frías por el rocío, con cristales de hielo minúsculos y tintineantes escondidos en las hojas, enebro, genciana y salvia, y desciende a toda prisa. Primero baja a ritmo rápido, pero moderado, con los pasos propios de una turista, pero la fuerza de la gravedad en la bajada incita a sus miembros a correr y a saltar, y ella se entrega a la atracción dulce y peligrosa de las honduras. Salta de piedra en piedra cada vez con más rapidez, con más ímpetu, con más audacia; se siente llevada por el viento, alegre, segura de sí, increíblemente feliz, siente ganas de cantar en la garganta despierta, y desciende al valle siguiendo una línea serpenteante, remolineando la falda y haciendo flamear el cabello. El joven ingeniero alemán se halla delante del hotel vestido con atuendo deportivo, esperando al entrenador para jugar su partida matutina de tenis. Son las nueve, la hora prevista. Aún hace demasiado frío para sentarse en el banco húmedo, y el viento penetra con sus dedos puntiagudos y helados por la camisa de lino semiabierto; así las cosas, el ingeniero camina arriba y abajo con pasos rígidos al tiempo que gira la raqueta para calentarse las manos. ¿Qué diablos le ha pasado al entrenador que no viene? ¿Se habrá dormido? Mira alrededor con impaciencia. Entonces, al alzar la vista hacia el camino de montaña, observa algo peculiar, algo claro, algo que se mueve como un remolino multicolor y que, pequeño como un insecto por causa de la distancia, baja dando extraños saltos. Vaya, ¿esto qué es? Es una lástima no tener los gemelos a mano. Pero eso tan claro, tan abigarrado y animado

por el impulso pronto se verá con mayor nitidez. El ingeniero se pone la mano a modo de visera sobre los ojos y entonces se da cuenta de que alguien se precipita a una velocidad demencial montaña abajo; debe de ser una mujer o una joven que parece realmente impulsada por el viento y cuyos brazos se bambolean y cuyo cabello ondea. Caramba, qué imprudencia tomar las curvas a todo trapo, pero es una maravilla contemplar ese descenso llameante. El deportista da sin querer un paso adelante para contemplar mejor a esa persona que baja corriendo a ritmo febril. La muchacha parece una diosa del alba, toda audacia e impulso, con la melena que le ondea y los brazos que se agitan como los de una ménade. Aún no puede reconocerle la cara, pues los rasgos se diluyen por la rapidez de la carrera y por la contraluz del sol saliente. Pero ha de pasar por la pista de tenis si pretende dirigirse al hotel; aquí acaba el camino. Se acerca cada vez más, las piedrecitas la preceden rodando, el ingeniero ya oye los pasos en la curva de arriba, y de pronto aparece como una exhalación, se sacude, se asombra y se detiene. Debe detenerse con un frenazo para no atropellar al hombre que le cierra deliberadamente el paso. El retroceso hace que el cabello vuele hacia atrás y la falda le golpee las piernas. Asustada, se planta jadeando ante él, a no más de un brazo de distancia. Luego, una risa interrumpe de pronto su sorpresa. Ha reconocido a su compañero de baile del día anterior: —Vaya, es usted —dice aliviada—. Perdóneme, casi lo atropello. Él no responde enseguida, sino que la mira con agrado y hasta con entusiasmo, la ve arder a escasa distancia, todavía sacudida por el impulso, con las mejillas heladas por el viento, con el pecho que se ensancha y se contrae al respirar. La presencia de la fuerza y de la juventud fascina a ese hombre deportista, que la contempla con mirada radiante. Pero luego relaja su postura. — ¡Mis respetos! A esto le llamo yo ritmo. Esto no se lo iguala ninguno de los guías alpinos oficiales. Pero... —la vuelve a mirar, examinándola con gesto aprobatorio y esbozando otra sonrisa—, pero si tuviera un cuello tan joven y sano, iría con cuidado para no rompérmelo. ¡Actúa usted sin ninguna prudencia, caramba! Suerte que sólo la he visto yo, y no su tía. Y sobre todo no debería hacer sola estas excursiones matutinas extraordinarias. Si necesita algún día a un acompañante más o menos experimentado, un servidor se pone a su entera disposición. Vuelve a mirarla, y ella se siente cohibida por el cortejo inherente a la mirada, un cortejo inesperado y, por así decirlo, concentrado en una estocada. Nunca un hombre la ha mirado con tan apasionada admiración, y Christine siente hasta en el fondo del alma el cosquilleo del placer nuevo que ha irrumpido. Decidida a sacudirse de encima la turbación, muestra su ramo de flores. — ¡Mire mi botín! Las acabo de coger arriba, ¿no le parecen maravillosas? —Sí, maravillosas —contesta él con voz tensa y la mira a los ojos, por encima de las flores. Christine se siente cada vez más cohibida bajo el peso de ese homenaje insistente y casi impertinente. —Perdone usted, pero debo ir a desayunar —se disculpa ella—, mucho me temo que de todos modos ya llego tarde. Quiere pasar por delante del ingeniero. El hombre se inclina y la deja pasar, pero los nervios de Christine perciben con el instinto infalible de la mujer que él la sigue con la mirada; sin querer, estira el cuerpo al cambiar de paso. Y con el aliento intenso de las flores alpinas y el aroma tonificante del aire pletórico de perfumes, también se introduce en su sangre la sorpresa inesperada de ver que un hombre la considera bella de manera apasionada y quizás incluso la desea. La embriaguez aún palpita en Christine cuando entra en el vestíbulo. De pronto, el aire del ambiente cerrado le resulta pesado, todo le pesa de repente, por ser demasiado estrecho y como una carga para el cuerpo. En la guardarropa se desprende del gorro, del jersey, del cinturón, de todo cuanto aprieta y agobia, y lo que más querría es arrancarse toda la ropa de la piel burbujeante y excitada. Sentados a la mesa del desayuno, los dos ancianos se asombran al verla entrar de pronto en la sala con paso rítmico y decidido, las mejillas encendidas, las aletas de la nariz temblorosas y, en general, con un aspecto más alto, sano y ágil que el día anterior. Pone en la mesa junto a la tía el manojito de azul alpino, todavía húmedo por el rocío y centelleante por los cristales de hielo que se deshacen en múltiples colores: —Las he cogido para ti, muy arriba, allá... bueno, ni siquiera sé cómo se llama la montaña, pero el hecho es que subí corriendo, ah —respira profundo—, ha sido maravilloso. La tía la mira maravillada. — ¡Eres una diablilla! ¡Te levantas de la cama y te vas sin desayunar a la montaña! Deberíamos tomar ejemplo, pues es más saludable que todos los masajes. But look, Anthony, mírala, ¿no ves que no se la reconoce? El aire ha penetrado a fondo en sus mejillas. ¡Estás ardiendo, nena! Pero vamos a ver, cuéntanos de dónde sacaste todo esto. Y Christine cuenta y no se percata de las cantidades exageradas que come ni de la rapidez y avidez con que lo hace. El cuenco de la mantequilla, el de la miel y el de la mermelada se vacían a una velocidad vertiginosa, al tiempo que el anciano guiña un ojo y hace una seña al camarero, que sonríe discretamente, para que vuelva a llenar la cesta de pan de medias lunas blancas y sabrosas. A todo esto, sumida en el entusiasmo, Christine no se da cuenta de la sonrisa de satisfacción cada vez más ancha de los dos al verla comer con ese apetito bárbaro y sólo siente que las mejillas rociadas por la helada empiezan a calentarse. Con el cuerpo relajado, masticando, charlando y riendo, se reclina cada vez más despreocupada en el sillón de mimbre; los rostros bondadosos de los tíos la animan cada vez más, de modo que suelta con fogosidad su entusiasmo reprimido y de súbito, olvidando del todo la mirada sorprendida de los vecinos, extiende los brazos a más no poder en medio de su relato: —Ay tía, fue como si me

enterase por vez primera de lo que significa respirar. El día iniciado de manera tan poderosa fluye luego con pasión, siguiendo las riberas siempre diferentes del arroyo. A las diez, cuando Christine sigue sentada a la mesa del desayuno y no hay ya ni un trozo de pan blanco en la cestita pues el hambre alpina lo ha despachado todo sin miramientos, se presenta el general Elkins vestido con ropa deportiva de elegante línea y le recuerda el viaje en coche prometido. Caminando a respetuosa distancia detrás de ella, la acompaña a su coche de la marca inglesa más distinguida, reluciente de níquel y laca; el chófer de ojos claros y bien afeitado también parece un gentleman inglés; el general Elkins acomoda el asiento para Christine, la cubre con mantas y sólo entonces se sienta a su lado al tiempo que vuelve a quitarse el sombrero. Tanto respeto confunde un poco a Christine, que se siente una estafadora ante la cortesía marcada y casi humilde de este hombre. ¿Quién soy yo, piensa, para que me trate así? Dios mío, si imaginara dónde suelo estar sentada, clavada al viejo asiento delante del mostrador de la oficina de correos, atomillada a la rutina estúpida y vulgar. Pero basta un giro del volante para que la velocidad creciente aleje todo recuerdo. Observa con orgullo infantil que en las calles estrechas del balneario, donde el motor aún no puede desatar toda su fuerza latente, los extraños contemplan admirados la marca del automóvil, que incluso allí llama la atención, y que muchas miradas se alzan con ligera y respetuosa envidia hacia ella cual si fuese la propietaria del vehículo. El general Elkins le describe el paisaje y se recrea en detalles como geógrafo erudito que es y como acostumbran los expertos, pero la manera en que presta atención esta joven, inclinándose hacia adelante y escuchando con visible interés, parece estimularlo y resultarle placentera. Su rostro gélido y un tanto lampiño pierde poco a poco la frialdad inglesa, y una sonrisa bondadosa dulcifica un poco los labios tensos y delgados cuando el general observa los gritos de «oh» o de «qué maravilla» y las vueltas y miradas entusiastas de Christine. Una mirada sonriente y casi melancólica roza una y otra vez su perfil juvenil, y la reserva del general se relaja en vista de la fogosidad de su entusiasmo. El chófer conduce a velocidad creciente. El elegante automóvil avanza con suavidad y sin hacer ruido como si fuese sobre una alfombra, ningún tono áspero de su pecho metálico denota el esfuerzo de la subida; el coche se adapta con flexibilidad a las curvas más osadas, y sólo el aire que ataca cada vez con más fuerza revela el aumento del tempo al mezclarse de modo embriagador una sensación maravillosa de seguridad con el placer de la rapidez. El valle se torna más y más sombrío, las rocas severas se van juntando. El chófer se detiene por fin al llegar al mirador. —Maloja — señala el general Elkins y la ayuda a salir del coche con la cortesía respetuosa de siempre. La vista de las profundidades es grandiosa; la carretera se precipita abajo en giros artificiosos como un torrente; uno tiene la sensación de que la montaña se ha hartado, que ya carece de fuerza para seguir elevándose hacia los glaciares y las alturas y prefiere lanzarse con un impulso a un valle lejano e inabarcable. —Aquí abajo empieza Italia — muestra el general Elkins. — ¡Italia! — exclama Christine sorprendida—. ¿Tan cerca está, realmente tan cerca? El asombro revela tal ansia y anhelo que Elkins pregunta sin pensárselo dos veces: — ¿Nunca ha estado allí? — Nunca. Y este «nunca» es pronunciado con tal pasión y fogosidad que en él resuena cierto temor secreto: no lo conoceré jamás. Christine enseguida se percata de que el volumen y la intensidad de su tono de voz han aumentado, se avergüenza, intenta desviar de su persona el tema de conversación por miedo a revelar sus pensamientos más profundos, su temor secreto debido a su pobreza, y formula una pregunta bastante estúpida a su acompañante: — Usted por supuesto ha estado, ¿no, general? El general esboza una sonrisa grave y casi melancólica. — ¿Dónde no he estado? He dado tres veces la vuelta al mundo, no olvide que ya soy mayor. — ¡Pero qué dice! — protesta ella con energía—. ¿Cómo se le ocurre decir una cosa así? Y esta estupefacción es tan sincera, y tan auténtica y apasionada la protesta de la joven, que el general de sesenta y ocho años siente de pronto un calor en las mejillas. Tal vez no la escuchará nunca más hablar con tanto ardor y entusiasmo. Sin querer, su voz se vuelve dulce: — Tiene usted ojos jóvenes, señorita Van Boolean, por eso ve usted todo más joven de lo que es en realidad. Ojalá tenga usted razón. A lo mejor no soy tan viejo y gris como mi pelo. Pero qué no daría por ver Italia de nuevo por vez primera. Vuelve a mirarla, y sus ojos adquieren de repente esa timidez sumisa e indeterminada que los hombres mayores sienten a menudo ante las jóvenes, como si pidieran perdón por el hecho de no pertenecer ya a la juventud. Esa mirada emociona extrañamente a Christine. De pronto siente la necesidad de pensar en su padre y en cómo le gustaba acariciarle con delicadeza y casi con piedad el pelo blanco a aquel hombre anciano y encorvado: era la misma mirada agradecida y bondadosa al alzar la vista. Durante el camino de regreso, lord Elkins se muestra taciturno y secretamente emocionado. Cuando se detienen ante el hotel, se apea del coche de un salto, con una agilidad casi exagerada, para adelantarse al chófer y ayudar a Christine a bajar. — Gracias por la hermosa excursión — dice antes de que ella pueda mover los labios para mostrar su agradecimiento —, ha sido lo mejor que he vivido desde hace mucho tiempo. Entusiasmada, Christine cuenta a la tía en la mesa cuán amable y bondadoso se mostró el general Elkins. La tía asiente con un gesto de simpatía: — Está bien que le hayas dado una alegría, porque ha sufrido mucho. Su mujer murió joven mientras él participaba en una expedición al Tibet. Durante cuatro meses, él siguió escribiéndole cartas porque no le llegó la

noticia, de tal modo que al regresar encontró todo el montón de cartas sin abrir. Y su único hijo, un aviador, fue derribado por los alemanes cerca de Soissons, el mismo día en que él mismo era herido. Ahora vive solo en su gigantesco castillo en las inmediaciones de Nottingham. Entiendo que viaje tanto. De hecho, no para de huir de los recuerdos. Pero no dejes que note nada ni hables de ello, porque enseguida se le humedecen los ojos. Christine escucha emocionada. No se le ocurrió que pudiera existir la desgracia allí arriba, en ese mundo paradisíaco. Querría levantarse y estrechar la mano del anciano que oculta con tanta compostura su tristeza secreta. Allí está sentado, con rigidez militar, totalmente solo. En ese preciso instante alza la vista por casualidad y, al toparse con la mirada de ella, saluda con una suave inclinación. Christine se siente consternada por su soledad en aquel espacio amplio, radiante de luz y de lujo. Realmente, debería ser buena con un hombre tan bondadoso. Sin embargo, pocas oportunidades quedan allí para pensar en un solo individuo; el tiempo fluye con excesiva rapidez y demasiadas sorpresas e imprevistos la remolinean en su alegre caída: no hay un solo minuto que no refleje una dicha nueva en sus gotas de tiempo. Después de comer, la tía y el tío se retiran a su habitación para descansar un poco, mientras Christine tiene la intención de sentarse tranquila en uno de los sillones cómodos y blandos de la terraza, para disfrutar por fin reflexionando sobre la metamorfosis vivida. Pero apenas se reclina para que las imágenes del día lleno de experiencias desfilen poco a poco en el orden más suave del ensueño, el bailarín de la noche anterior, el ingeniero alemán de mirada penetrante se planta ante ella, le ofrece la pesada mano —« ¡arriba! ¡arriba!»— y la invita a su mesa, pues sus amigos, dice, le han solicitado conocerla. Insegura, porque aún teme lo nuevo, sin embargo cede, pues pesa más el temor a ser considerada una mal educada, y se deja conducir hasta una mesa donde una docena de jóvenes permanecen sentados en animada charla. El ingeniero le da un susto de padre y señor mío cuando la presenta como señorita Von Boolean a todos y cada uno de los miembros de la mesa redonda, y el apellido holandés del tío en versión de la nobleza alemana impone por lo visto un enorme respeto —Christine lo nota por la cortesía con que se levantan los señores—, porque se asocia inconscientemente con la familia más rica de Alemania, los Krupp-Bohlen. Christine siente que se ruboriza: por el amor de Dios, ¿qué está diciendo? Pero no tiene la presencia de ánimo suficiente para corregir a su acompañante. Ante esas personas extrañas y corteses no puede una desmentir al otro y declarar: no, no, yo no me llamo Von Boolean, me llamo Hoflehner. Así las cosas, tolera el engaño involuntario con una sensación de mala conciencia y con un temblor nervioso en las puntas de los dedos. Todos esos jóvenes, una chica frívola y animada de Mannheim, un médico vienés, el hijo de un director de banco francés, un norteamericano un tanto bullicioso y unos cuantos más cuyo nombre Christine no entiende, se interesan visiblemente por ella: todos le hacen preguntas y de hecho sólo le hablan a ella y con ella. En los primeros minutos, se muestra cohibida. Se estremece cada vez que alguien se dirige a ella con un «señorita Von Boolean» y lo percibe siempre como una punzada en un tejido sensible, pero poco a poco entra en la alegría social desbordante de los jóvenes, se alegra de la rápida confianza adquirida y charla finalmente con toda naturalidad. Todos se muestran amables con ella en aquel lugar, de modo que ¿por qué tener miedo? Luego viene la tía, se alegra de ver tan bien recibida a su protegida, le sonríe de buen humor y le guiña el ojo al darse cuenta de que los otros la llaman señorita Von Boolean y finalmente le recuerda que es hora de dar el paseo de la tarde mientras el tío no para de jugar al póquer. ¿Es esta calle la misma que ayer o es que el alma abierta y ensanchada ve con más claridad y alegría que la oprimida? Sea como fuere, el camino que ya anduvo una vez, pero con los ojos velados como quien dice, le resulta a Christine más colorido, y más festivo le parece el panorama, como si las montañas hubiesen crecido, como si los pastos hubiesen adquirido un color más saturado o más parecido al de la malaquita, como si el aire fuese más puro y cristalino y las personas más bellas, más amables, más cariñosas y de ojos más transparentes. Todo ha perdido su extrañeza desde el día anterior, y Christine contempla los bloques macizos de los hoteles con cierto orgullo desde que sabe que ninguno es tan hermoso como aquel que los aloja, observa con un saber incipiente los escaparates, y las mujeres perfumadas y de piernas delgadas ya no le parecen pertenecer a otro mundo o a una casta superior desde que ella misma viajó en uno de esos caros vehículos. Ya no se siente una intrusa entre los otros, y de forma involuntaria su paso imita el andar audaz y despreocupado de las muchachas que han ganado musculatura a fuerza de hacer deporte. Se detienen en una pastelería; el apetito desplegado por Christine vuelve a asombrar a la tía. ¿Será por causa del aire fuerte y desgastante o provocan los sentimientos vehementes una combustión químico-energética que exige una renovación? Sea como fuere, Christine devora sin esforzarse tres o cuatro panecillos untados con miel para acompañar la taza de chocolate y luego unos bombones de chocolate y unas pastas espumosas: tiene la sensación de poder seguir comiendo, hablando, mirando y disfrutando sin parar, como si debiese saciar un hambre inmensa acumulada durante años y años mediante el placer bruto y animal del cuerpo. Entretanto percibe las miradas masculinas de las mesas vecinas, que la tantean de forma amable e interrogativa, saca de modo inconsciente el pecho, estira el cuello y, ella también curiosa, responde con labios sonrientes a la curiosidad: ¿quiénes sois vosotros a quienes gusto, y quién soy

yo misma? A las seis de una tarde que han vuelto a dedicar al shopping, aterrizan en el hotel. La tía aún ha descubierto una serie de cosas que le faltan. La amable bienhechora, que no cesa de divertirse viendo la asombrosa transformación de la opresión en entusiasmo, le toca la mano con suavidad: —Bueno, ahora me podrías suplir en una misión difícil. ¿Tienes coraje? Christine ríe. ¿Qué puede ser difícil aquí? ¡Si aquí arriba, en este mundo bienaventurado, todo es juego! —Pues no te lo imagines como una tarea fácil. Debes meterte en la guarida del león y desencadenar a Anthony con cuidado de su partida de bacará. Con cuidado, insisto, porque cuando alguien lo molesta, el hombre gruñe a veces de forma violenta. Pero no puedo ceder pues el médico le ha prescrito unas píldoras que debe tomar una hora antes de comer y, además, jugar a las cartas de cuatro a seis en una habitación con el aire viciado basta y sobra. Está en el primer piso, número 112, en el apartamento de mister Cornemann, el del gran consorcio de la gasolina. O sea que llamas a la puerta y sólo le dices a Anthony que vienes por encargo mío. A lo mejor te rezongará primero... pero no, ¡no te va a rezongar! A ti todavía te respeta. Christine asume la misión sin mucho entusiasmo. Si al tío le gusta jugar, ¿por qué debe precisamente ella molestarlo? Pero como no osa contradecir, llama a la puerta con discreción. Los caballeros alzan todos la vista de la mesa, que ha sido abierta para formar un rectángulo y que muestra extrañas figuras y números sobre el tapete verde: las jóvenes no parecen penetrar con frecuencia en esta cueva. El tío se muestra de entrada asombrado, pero luego se echa a reír: — ¡Oh I see, conque Claire te ha inculcado! ¡Para eso abusa de ti! Señores... mi sobrina. La envía mi mujer para que demos por acabada la partida. Propongo —añade sacando el reloj— que sigamos exactamente diez minutos. Lo permites, ¿no? Christine esboza una vaga sonrisa. —Nada, yo mismo asumo toda la responsabilidad —dice Anthony, orgulloso de poder mostrar su autoridad ante los caballeros—. Y ahora, ¡silencio! Siéntate conmigo y tráeme suerte, que hoy la necesito. Christine se sienta discretamente detrás de él. No entiende nada de lo que ocurre. Uno sostiene una cosa larga parecida a una pala o a un trineo y va sacando de allí las cartas; se pronuncian una palabras y las fichas redondas de celuloide, blancas, rojas, verdes y amarillas viajan de aquí para allá, barridas por un rastrillo. Qué aburrido, piensa Christine. Qué raro que hombres tan ricos y distinguidos jueguen por estas cosillas; pero siente cierto orgullo por estar sentada a la sombra ancha del tío, junto a hombres incluidos entre los poderosos del mundo, como puede verse por los enormes anillos de brillantes, los lápices dorados, los rasgos duros y enérgicos, los puños que parecen muy capaces de golpear las mesas como martillos durante las reuniones; Christine mira a unos y a otros con respeto, no presta atención al juego, que no entiende, y pone ojos de asombro cuando el tío se vuelve hacia ella de improviso y le pregunta: — ¿Lo acepto? Christine ya ha comprendido a pesar de todo que uno de los jugadores hace de banca y apuesta contra todos, o sea, juega bastante fuerte. ¿Qué decir? Lo mejor sería responder con un suspiro: ¡no, por el amor de Dios!, con el único fin de no asumir responsabilidad alguna. Pero le da vergüenza la posibilidad de parecer una cobarde, de modo que balbucea un «sí» inseguro. —Bien —bromea el tío—, la responsabilidad es tuya. Iremos a medias. Empieza de nuevo el incomprensible juego de cartas; ella no entiende nada, pero cree percibir que el tío va ganando. Sus movimientos se vuelven más ágiles, unos sonidos extrañamente similares a borboritos le salen del gárgate, y el hombre parece divertirse de lo lindo. Por último entrega el trineo y se vuelve hacia ella: —Has trabajado a la perfección. O sea que vamos a compartir honradamente. Aquí tienes tu parte. Retira unas fichas de su montón, concretamente dos amarillas, tres rojas y una blanca; Christine las recibe riendo, sin intuir nada. —Faltan cinco minutos —advierte el caballero que tiene delante el reloj—. Vamos, vamos, aquí no vale fingir agotamiento. Los cinco minutos pasan con rapidez, todos se levantan y cambian sus fichas. Christine ha puesto las suyas sobre la mesa y espera mientras tanto con modestia junto a la puerta. El tío la llama: —Oye, ¿y tus fichas? Christine se acerca sin comprender nada. —A cambiarlas. Christine sigue sin entender, pero el tío la conduce hasta uno de los señores que, después de lanzar una mirada somera, dice: «doscientos cincuenta y cinco» y le ofrece dos billetes de cien francos, uno de cincuenta y una de esas monedas de plata tan pesadas. La joven, sorprendida, contempla el dinero extraño que se halla sobre la mesa y mira a su tío sin saber qué hacer. —Cógelo —dice él casi enfadado—, que es tu parte. Y ahora venga, que hemos de ser puntuales. Asustada, Christine sostiene los dos billetes y el tálero plateado en el nido de sus dedos contraídos. No se lo puede creer. Una vez arriba, en su habitación, contempla una y otra vez, atónita, esos dos papeles de color arco iris que le han llegado a las manos como por arte de magia. Doscientos cincuenta y cinco francos que, según un cálculo rápido, equivalen a unos trescientos cincuenta chelines: es decir, en casa debe trabajar cuatro meses, todo un cuatrimestre, para reunir ese montón de dinero; en la oficina debe permanecer puntualmente de las 8 a las 12 y de las 14 a las 18, mientras que aquí le fluye sin problemas en diez minutos a las manos. ¿Será verdad? ¿Y es justo? ¡Inconcebible! A todo esto, los billetes crujen en sus manos y son buenos y válidos y le pertenecen a ella, que lo ha dicho el tío, a ella, a su nuevo yo, a esa otra nueva e inconcebible que hay dentro de ella. Nunca tuvo en su poder una cantidad tan elevada como la de este billete crujiente. Sentimientos encontrados le recorren con un escalofrío la espalda, una mezcla de placer y terror, mientras cierra,

entre tierna y temerosa, los billetes bajo llave en la maleta, los esconde como si fuesen robados. Porque su conciencia no puede comprender del todo la contradicción inherente al hecho de que ese dinero oscuro y pesado se reúne en casa centavo a centavo con mano temerosa y ahorrativa, mientras aquí acude volando frívolamente; un temblor de miedo desenfrenado, como si estuviera a punto de cometer un crimen, perturba e inquieta toda su persona hasta en los pozos más profundos e inconscientes del sentimiento; algo en ella querría explicárselo, pero no hay tiempo para ello, Christine debe cambiarse, elegir un vestido, uno de los tres maravillosos, y bajar de nuevo al salón: sentirse, vivir, embriagarse, sumergirse en la corriente bella y fógosa del derroche. En un nombre actúa la energía misteriosa de la metamorfosis; como un anillo en torno al dedo, parece al principio una mera casualidad y carente de compromiso alguno, pero antes de que la conciencia se percate de su fuerza mágica, crece hacia dentro, penetra bajo la piel y se vincula, marcando un destino, con la existencia espiritual del ser humano. En los primeros días, Christine escucha el nombre de Von Boolean con una euforia secreta, (vaya, ¿no me reconocéis?, ¡ay, si supierais!). Lo lleva con la frivolidad con que se lleva un antifaz en un baile de máscaras. Pero pronto olvida el engaño involuntario, se engaña a sí misma y se convierte en aquella que debe parecer. Lo que al principio le resultaba embarazoso, el hecho de ser interpelada con el apellido de una extraña noble y rica, se transforma al día siguiente en un placer burbujeante y al tercero ya es algo del todo natural. Cuando uno de los señores le pregunta por su nombre de pila, Christine le parece poco sonoro para acompañar el título prestado, (en casa la llaman, además, Christl), de modo que en un arranque de audacia contesta «Christiane» y a partir de entonces en todas las mesas y en toda la casa la llaman «Christiane von Boolean». Así la presentan, así la saludan, y ella se acostumbra sin oponer resistencia al nombre, al igual que a la habitación de tonos suaves y muebles lustrosos, al lujo y a la liviandad del hotel, a la naturalidad nunca cuestionada del dinero y a la embriaguez de la seducción tejida de cientos de elementos diversos. Si algún enterado se dirigiese de pronto a ella llamándola señorita Hoflehner, se sobresaltaría como una sonámbula y caería de la cumbre de su sueño, tanto se ha compenetrado con el nuevo nombre, tal es la pasión con que cree ser otra, aquella otra. Pero ¿no se ha convertido en efecto en otra en esos escasos días, no ha introducido el aire alpino otra presión en sus venas, no ha mezclado de manera más colorida la opípara comida las células en la sangre? Es innegable que Christiane von Boolean presenta otro aspecto que su hermana, la cenicienta, la ayudante de correos Hoflehner: es más joven y lozana y apenas se le parece. El sol de montaña ha convertido el color ligeramente ceniza del cutis, pálido de tanto encierro, en un moreno indígena; los músculos son más tersos en la nuca; y la ropa nueva ha proporcionado un andar nuevo, más relajado en las articulaciones, más blando y sensual en la cintura, con una expresión de seguridad en sí misma en cada uno de los pasos. La permanencia al aire libre ha rejuvenecido su cuerpo de manera asombrosa, el baile lo ha vuelto más flexible, y esa energía redescubierta, esa juventud insospechada quiere ponerse a prueba sin cesar porque el corazón late de modo más febril bajo el pecho, y ella siente una continua efervescencia y una agitación en su interior, un estirarse y tensarse que carga de electricidad hasta las puntas de los dedos, un placer nuevo, intenso y extraño. De pronto le cuesta permanecer sentada tranquilamente o hacer algo con calma, siempre ha de salir y apresurarse, recorre las habitaciones como una ráfaga de viento, está siempre ocupada, siempre impulsada por la curiosidad, entra y sale, sube y baja, y no va por las escaleras paso a paso, sino que sube o baja los escalones de tres en tres, siempre como si pudiera perderse algo, siempre impelida por la tempestad interior. Sus manos, sus dedos siempre han de tocar algo o a alguien; tal es la fuerza con que prorrumpe de ella una pulsión lúdica, una necesidad de ternura y de gratitud; de pronto ha de estirar los brazos y bostezar al vacío para no reír o gritar a voz en cuello. La tensión emanada por su juventud fógosa es tan fuerte que se transmite como las ondas; quien se le acerca entra enseguida en un remolino de euforia. Allí donde se sienta, reinan la risa y el jolgorio, allí todo esto se mezcla enseguida, cada conversación se enciende clara y sonora tan pronto ella, siempre dispuesta a la broma, siempre echando llamas de felicidad, se inmiscuye, y no sólo la tía y el tío, sino también huéspedes del todo extraños observan con buenos ojos su entusiasmo irreprimido. Irrumpe en el vestíbulo del hotel con el ruido de una piedra que entra por la ventana, detrás de ella gira la puerta giratoria impulsada con fuerza, mientras golpea alegremente con el guante el hombro del paje que debería sostenerla. De un tirón se arranca el gorro de la cabeza, luego el jersey del cuerpo, porque todo le constriñe y aprieta el movimiento impetuoso. Después se planta toda despreocupada delante del espejo para arreglarse: se alisa un poco el vestido, se sacude la melena desgreñada, listo, aunque esté bastante despeinado, aunque parezcan las mejillas acardenaladas por el viento, se encamina directamente hacia una mesa — pues ya conoce a todo el mundo — para contar sus experiencias. Siempre tiene algo que explicar, siempre acaba de experimentar algo, siempre ha sido magnífico, maravilloso, indescriptible, todo lo colma con su entusiasmo ardiente y humeante, y hasta la persona más ajena percibe que esta joven pletórica sólo soporta la sobrepresión de su gratitud transmitiéndola a otros. No puede ver un perro sin acariciarlo, a cualquier niño que encuentra lo levanta y lo abraza para besarle las mejillas, y para todas las doncellas, todos los camareros encuentra con rapidez una palabra amable.

Cuando alguien está de mal humor o indiferente, enseguida lo sacude con bromas simpáticas, admira cada vestido, cada anillo, cada cámara fotográfica, cada pitillera, todo lo coge y lo ilumina con su entusiasmo. Todos los chistes la hacen reír, todos los platos la maravillan, todas las personas le parecen buenas, todas las conversaciones, entretenidas: todo, todo es maravilloso en este mundo superior, en este mundo único. Irresistible es el impulso de su actitud positiva y apasionada, y cuantos están con ella acaban sin querer rociados por su energía, y hasta la intratable viuda del consejero privado, sentada en su silla de ruedas, pone ojos divertidos cuando la observa desde detrás de sus impertinentes, el portero la saluda con particular amabilidad, los rígidos camareros le enderezan cuidadosamente la silla, y precisamente las personas mayores y más severas se regocijan al ver tanta alegría y receptividad. A pesar de las muchas sacudidas de cabeza por algunas ingenuidades y exageraciones, Christine encuentra por doquier miradas que la invitan cordialmente, de modo que al cabo de tres o cuatro días existe unanimidad, empezando por el general Elkins hasta llegar al último camarero o botones, en cuanto a que esta señorita Von Boolean es una persona encantadora, a *charming girl*. Y ella percibe las miradas benévolas, disfruta del hecho de estar bien vista como de una intensificación de su existencia y de su posibilidad de presencia y, gracias al afecto generalizado, se torna más feliz en su felicidad. Entre todas las personas del hotel, quien manifiesta con mayor claridad un interés personal y un afecto casi cortejante es el hombre de quien ella menos se hubiera atrevido a esperar tal homenaje: el general Elkins. Con el pudor de la edad, con la inseguridad tierna y conmovedora de un hombre que ha superado hace tiempo los peligrosos cincuenta años, busca una y otra vez alguna oportunidad discreta para estar cerca de ella. Hasta la tía se da cuenta de que se viste con tonos más claros y un estilo más juvenil, que elige corbatas más coloridas, y cree constatar también (¿o se equivoca?) que las canas en las sienes se han vuelto más oscuras, por lo visto mediante la aplicación de métodos artificiales. Con una frecuencia que llama la atención, se allega a la mesa de la tía bajo toda suerte de pretextos, envía —para no exponerse en exceso— flores a las habitaciones de ambas damas, lleva libros a Christine, libros alemanes comprados expresamente, sobre todo relativos a la escalada del monte Cervino, sólo porque ella, en una conversación, preguntó por azar quién había sido el primero en conquistar su cima, y también a la expedición de Sven Hedin al Tibet. Una mañana, cuando la lluvia empieza a caer de golpe e impide cualquier excursión, se sienta con Christine en un rincón del salón y le muestra fotografías de su casa, de su jardín, de sus perros. Es un castillo extrañamente elevado, tal vez de la época normanda. La hiedra sigue trepando por los muros de unas torres redondas y belicosas, y las imágenes muestran también los interiores, amplias salas con chimeneas pasadas de moda, retratos familiares enmarcados, modelos de barcos y atlas pesados; debe de ser lóbrego pasar allí solo el invierno, piensa Christine, y como si le hubiera adivinado el pensamiento, el general, señalando una de las fotografías, una jauría de perros de caza, dice: —Si no los tuviera, estaría ahora totalmente solo. Es la primera insinuación respecto a la muerte de su mujer, a la muerte de su hijo. Un ligero escalofrío la recorre cuando ve esos ojos que apartan tímidamente la mirada, (enseguida vuelve a contemplar las fotografías): ¿por qué me dice todo esto, por qué me lo muestra, por qué pregunta con esa timidez extraña, como si yo pudiese sentirme a gusto en una casa inglesa? ¿Qué querrá insinuar el rico y distinguido caballero...? No, Christine no se atreve a imaginarlo. Inexperta, no puede comprender que ese lord y general, en apariencia inaccesible y situado a una distancia sideral de su mundo, acosado por la pusilanimidad del hombre ya mayor que no sabe si todavía cuenta y por el temor a quedar en ridículo por culpa de un cortejo, sólo espera una mínima señal de parte de ella, una sola palabra alentadora: pero ¿cómo iba ella a captar la pusilanimidad, ella que también carece del valor necesario para creer en sí misma? Al mismo tiempo temerosa y cautivada, percibe las insinuaciones como señal de una simpatía especial, sin atreverse a creer en ellas, al tiempo que él se esfuerza por interpretar correctamente las tímidas evasivas de la joven. Christine acaba muy afectada después de cada encuentro: a veces cree notar un verdadero cortejo en las tímidas miradas de soslayo del general y luego se queda perpleja por su brusco cambio a una actitud formal, (no se da cuenta de que el anciano se está conteniendo de forma violenta). Habría que reflexionar: ¿qué quiere de mí, será posible? Habría que pensarlo, pensarlo con calma hasta las últimas consecuencias, pensar con toda calma y lucidez. Pero ¿cómo pensar y reflexionar si no hay tiempo para ello? Apenas se presenta en el salón, ya aparece alguno de la pandilla alegre y la arrastra a cualquier sitio: salir, fotografiar, jugar, charlar, bailar, siempre hay saludos, siempre hay convivencia y barullo. Todo el día destella y chisporrotea el fuego de artificios del trajín ocioso, pues nunca falta el pretexto para hacer deporte, fumar, picar algo, reír, y ella se deja arrastrar por el remolino sin oponer resistencia cuando alguno de los jóvenes llama a la señorita Von Boolean, pues cómo va a decir que no, y por qué, si son todos tan simpáticos, esos muchachos y muchachas tan lozanos. Nunca conoció ese tipo de juventud, siempre despreocupada y eufórica, vestida siempre bien y siempre de otra manera, siempre con la broma en los labios, con el dinero entre los dedos, con nuevas diversiones en la cabeza; no bien se sienta una con ellos, el gramófono ya invita, sonoro, al baile o está el automóvil preparado, y una se comprime y se encoge para entrar, y van joven pegado a joven, cinco o seis en un

coche como si se abrazaran, y viajan a toda velocidad, a 60, 80 o 100 kilómetros por hora, que a una le duelen hasta los pelos. O una se repantiga en el bar con las piernas cruzadas, con el cigarrillo en la boca, bebe sin prisa bebidas heladas, relajada, impertinente y perezosa, no tiene que esforzarse y escucha toda clase de historias simpáticas y picantes, y todo eso se aprende con enorme facilidad y relajo, de tal suerte que una absorbe ese aire vital y tonificante con pulmones nuevos. A veces siente aquel ardor como un relampagueo en la sangre, sobre todo a la noche mientras baila o cuando alguno de los ágiles jóvenes se le arrima un poco: entre ellos también interviene el cortejo en medio de la camaradería, pero es diferente, más abierto, más audaz, más físico, es un cortejo que a veces asusta a la inhabitada, como ocurre, por ejemplo, cuando siente en la oscuridad del coche una mano fuerte que le acaricia la rodilla o cuando alguien la coge del brazo con más ternura durante el paseo. Pero las otras chicas, la norteamericana o la de Mannheim, toleran todo sin enfadarse y a lo sumo despachan los dedos demasiado impertinentes con un golpecito amistoso: ¿por qué defenderse con remilgos? Al fin y al cabo, se nota que el ingeniero insiste cada vez más o que el pequeño norteamericano querría tentarla con delicadeza a ir al bosque. Christine no lo consiente, pero contempla con cierto orgullo el hecho de ser deseada, la certeza de que su cuerpo cálido, desnudo y virginal bajo el vestido es algo que los hombres quieren sentir, tocar, respirar y disfrutar. Lo siente muy debajo de la piel como una ligera embriaguez producida por esencias desconocidas y fascinantes, y siempre galanteada por tantos hombres extraños, encantadores y elegantes, y mareada ya por todo ese cerco excitado, se espabila por un momento y se pregunta aterrorizada: «¿Quién soy? ¿Quién soy en verdad?» «¿Quién soy? ¿Y qué encuentran todos en mí?» Cada vez más perpleja, la asombrada se plantea la pregunta cada día. Pues cada día la acosan con nuevas atenciones. Tan pronto se despierta, la doncella le trae flores de lord Elkins a la habitación. El día anterior, la tía le regaló un bolso de piel y un pequeño y fascinante reloj de pulsera dorado. Los terratenientes de Silesia, los Trenkwitz, la invitaron a su finca, el pequeño norteamericano le metió con disimulo un encendedor de bolsillo, también de oro, en el bolso. Más cordial que su propia hermana se muestra la chica de Mannheim, que le sube bombones de chocolate por la noche y con la que charla hasta las doce. El ingeniero baila casi exclusivamente con ella, y cada día se suma gente nueva, y todos se muestran amables y cordiales y respetuosos; sólo necesita mostrarse en el vestíbulo del hotel, y ya hay alguien dispuesto a invitarla al coche, al bar, al baile, a alguna broma o juego; no la dejan sola ni un instante y ni una hora le resulta vacía y aburrida. Asombrada, se pregunta una y otra vez: «¿Quién soy? Durante años, la gente pasaba de largo junto a mí en la calle y nadie prestaba atención a mi rostro; llevo años en aquel pueblo y nadie me ha regalado nunca nada ni ha preguntado por mí. ¿Será porque aquella gente es pobre, será porque la pobreza agota y vuelve desconfiadas a las personas? ¿O es que de pronto hay algo en mí que siempre estaba allí y, sin embargo, no estaba, algo que simplemente aún no podía salir? ¿Era quizá realmente más bella, inteligente y atractiva de lo que osaba ser y simplemente no tenía el valor de creerlo? ¿Quién soy? ¿Quién soy en verdad?» Siempre formula esta pregunta en los breves momentos en que la gente la deja sola, de suerte que se produce algo extraño y para ella misma incomprensible: de la seguridad vuelve a pasar a la inseguridad. En los primeros días sólo la sorprendía y asombraba que todas esas personas distinguidas, elegantes y encantadoras la tomaran por una de ellas. Ahora, en cambio, vuelve a inquietarse cuando percibe que gusta sobremedida, que provoca el afecto, la curiosidad y la tensión de todos los hombres, más que aquella norteamericana de pelo rubio rojizo siempre vestida de manera estupenda, más que la chica de Mannheim, tan divertida, animada e ingeniosa. «¿Qué pretenden de mí?», se pregunta y se torna más intranquila en presencia de los otros. Pues algo extraño le ocurre con estos jóvenes: en su país nunca se interesó por los hombres, y cuando estaba con ellos, no percibía su presencia como algo inquietante. Jamás se movilizó un solo pensamiento secreto o sensual ante esos provincianos patosos de manos torpes y grotescas a los que sólo la cerveza les quita de vez en cuando la pesadez y que se caracterizan por las bromas vulgares y groseras y por los manoseos insolentes. Sólo sentía asco, cual si fuese ante animales, cuando algún borracho le chasqueaba la lengua al salir de la fonda o le lanzaba piropos en la oficina de correos. Pero estos jóvenes de rostros perfectamente afeitados y manos tratadas por la manicura, capaces de decir las cosas más peligrosas de forma relajada y divertida, con un estilo lleno de fineza, jóvenes cuyos dedos saben transmitir ternura al más mínimo contacto, despiertan a veces de un modo del todo nuevo la curiosidad e inquietud de Christine. Percibe que un tono extraño irrumpe en su propia risa, que de pronto se aparta asustada. De alguna manera se siente inquieta por la presencia de algo que aparentemente sólo es camaradería y sin embargo resulta peligroso; sobre todo ante una persona que insiste y la corteja con tanta claridad como el ingeniero, Christine tiene en ocasiones la sensación de un mareo suave y placentero. Por fortuna, pocas veces se encuentra con él a solas; la mayoría de las veces hay otras dos o tres mujeres, en cuya presencia se siente más segura. En ocasiones lanza, acosada, una mirada de soslayo por ver si las otras saben defenderse mejor y aprende, sin querer, toda clase de trucos refinados: una indignación simulada o una impasibilidad insolente y divertida ante alguna impertinencia demasiado física y sobre todo el arte de

cortar a tiempo cuando la cercanía se torna demasiado peligrosa. Pero también percibe esta atmósfera cuando no está entre hombres, sobre todo cuando charla con la chica de Mannheim que le habla de los temas más delicados con una sinceridad del todo desconocida para ella. Estudiante de químicas, lista, astuta, traviesa, sensual y sin embargo dueña de sí en el último instante, ve todo cuanto ocurre con sus ojos negros y penetrantes. Por ella se entera Christine de las aventuras que se producen en el hotel: que aquella personita de maquillaje chillón y pelos tratados con óxido no es hija del banquero francés, sino su amante, que si bien duermen en habitaciones separadas, de noche... Ella misma, que estaba en el cuarto contiguo, lo oyó... Y que la norteamericana tuvo un asunto con el alemán, una estrella de cine, en el barco, que fue una apuesta entre tres norteamericanas por ver quién de ellas lo conseguía, y que el comandante alemán es homosexual, que lo sabe porque el botones se lo contó a la doncella; la joven de diecinueve años explica en tono de conversación relajada y sin sombra de indignación toda esta chronique scandaleuse. Y Christine, que se avergüenza de revelar su inexperiencia dando muestras de sorpresa, escucha con curiosidad y se limita a mirar a veces de reojo, con una suerte de admiración espantada, a esa chica tan vivaz; ese cuerpecito delgado debe de haber experimentado muchas cosas para mí desconocidas, pues de lo contrario no podría hablar de ellas con tal seguridad y naturalidad, piensa, y el pensar en todo ello la inquieta. Es como si miles de diminutos poros de su superficie cutánea se hubiesen abierto y absorbieran de golpe el calor: así le arde de pronto la piel, y se marea en medio de un baile. «¿Qué me pasa?», se pregunta. La curiosidad le ha permitido empezar a saber quién es y a descubrirse a sí misma tras el descubrimiento de ese nuevo mundo. Y pasan volando tres días, cuatro días, toda una semana frenética. Sentado en el comedor está Anthony que, ataviado con su smoking, cena con su esposa y gruñe. —Ya estoy harto de tanta impuntualidad. La primera vez, well, puede ocurrirle a cualquiera. Pero pasarse el día dando vueltas y dejarte aquí plantado esperando, es una falta de educación. ¡Caray, qué se ha creído! Claire lo tranquiliza. —Pero por Dios, ¿qué pretendes? Hoy en día son todos iguales, no hay nada que hacer, es la educación de la postguerra. Sólo conocen su juventud y la diversión. Pero Anthony, furioso, arroja el tenedor sobre la mesa. —Al diablo con la eterna diversión. Yo también fui joven y me pasé de la raya, pero no me permitía descortesías ni podía permitirme, a decir verdad. En las dos horas diarias en que la señorita sobrina se digna a concedernos el honor de su presencia ha de ser puntual. Y además, prohíbo, ¡díselo de una vez por todas y que sea bien a las claras!, prohíbo que nos traiga cada noche a la mesa a todo ese montón de muchachas y muchachos. ¿Qué me importa el alemán de nuca de toro, pelado al rape como un presidiario, que ganguea como el mismísimo emperador Guillermo, o el pasante judío experto en frases inteligentes e irónicas, o esa frívola de Mannheim que parece sacada de un bar? No puedo leer ni siquiera el periódico porque el ruido, el estruendo, el ajeteo no cesan: ¿qué tengo yo que ver con esos mocosos de pinta sospechosa? Al menos esta noche exijo que me dejen en paz, y si algún miembro de la pandilla bulliciosa se me sienta a la mesa, tiro las copas. Claire no le contradice de manera directa, consciente de que no conviene oponerse una vez que las venas azules empiezan a temblar en la frente de Anthony; de hecho, está enfadada pues tiene que dar la razón a su marido. Al principio, ella misma empujaba a Christine a todo ese ajeteo, le divertía ver con qué habilidad y flexibilidad se amoldaba su modelo a los vestidos; un vago recuerdo de su propia juventud evoca la fascinación que sintió cuando pudo acicalarse por vez primera con elegancia y cenó con su bienhechor en el Sacher. Sin embargo, Christine perdió el norte en los dos últimos días: como toda persona ebria sólo se percibe a sí misma y su propia dicha vertiginosa. No se da cuenta, por ejemplo, de que el anciano ya inclina la cabeza soñoliento a la noche y ni siquiera se percata cuando la tía le advierte con insistencia: —Venga, que se hace tarde. Por un segundo se sobresalta y emerge de su éxtasis. —Sí, claro, tía... Sólo este baile que he prometido, sólo este baile. Pero al instante siguiente ha olvidado todo y no se da cuenta de que el tío se ha levantado de la mesa, harto de esperar; ni siquiera se le ocurre pensar que pueda estar enfadado. ¿Quién puede estar enfadado y ofendido en este mundo maravilloso? Tan inconcebible le resulta que la gente no arda de entusiasmo, que no delire de euforia, de placer y de fervor, que pierda el equilibrio en medio del torbellino. Se ha descubierto a sí misma por primera vez en veintiocho años, y el descubrimiento le resulta tan embriagador que olvida a todas las personas. Esta vez también, irrumpe en el comedor impulsada por su propio ardor, lanzada como si fuese un trompo, arrancándose los guantes con gesto desenvuelto (¿quién le va a reprochar algo aquí?), saluda a los dos jóvenes norteamericanos con un alegre «hola» (pues ha aprendido mucho en todo este tiempo) y se dirige cruzando la sala hacia la tía, a la que abraza cariñosamente por atrás y besa en la mejilla. Sólo entonces se produce un ligero sobresalto: —Vaya, ¿ya habéis avanzado tanto? ¡Disculpad!... Mira que enseguida les dije a los dos chicos, a Percy y a Edwin: ¡que en vuestro miserable Ford no llegaréis en cuarenta minutos al hotel ni apretando a fondo el acelerador! Pero no me creyeron... Sí, camarero, ya puede servirme, y tráigame los dos platos al mismo tiempo, que así los alcanzaré... Pues sí, el propio ingeniero conducía, conduce de maravilla, pero es que el cacharro ese no supera los ochenta kilómetros por hora, claro, el Rolls Royce de lord Elkins corre de otra manera y qué suspensiones tiene... Por cierto, a decir

verdad, a lo mejor se debió a que yo también traté de conducir un rato, con Edwin a mi lado, por supuesto... Es muy fácil, toda esa hechicería... Y tú, tío, serás el primero a quien saque a pasear, ¿qué te parece? Te atreves, ¿no?... Pero, tío, ¿qué te ocurre? ¿No estarás enfadado porque he llegado un pelín tarde?... Te juro que no ha sido culpa mía, enseguida les dije que no llegarían en cuarenta minutos... Pero, claro, una sólo puede confiar en una misma... Esta empanada es una delicia, y vaya sed que tengo... Ay, no sabéis lo bien que se está con vosotros. Mañana por la tarde saldremos para Landeck, pero yo les dije enseguida que no contaran conmigo, que alguna vez debería salir a pasear con vosotros, pero es que no dan tregua... Y ella no cesa de llamear y de chisporrotear como fuego de leña seca. Sólo al cabo de un tiempo, cuando se detiene agotada, se da cuenta de que su relato apasionado choca con la muralla dura y fría del silencio. El tío tiene la mirada clavada en la cesta de la fruta, como si las naranjas le interesaran mucho más que toda esa cháchara, al tiempo que la tía juguetea nerviosamente con los cubiertos. Ambos callan. — ¿No estás enfadado, tío, seriamente enfadado? —pregunta Christine intranquila. —No —gruñe Anthony—, pero a ver si acabas pronto. La frase le sale con tal rabia que Claire se siente embarazada, pues Christine enseguida se encoge como un niño apaleado. No se atreve a alzar la vista. Intimidada, ha puesto la media manzana en el plato, y los labios le tiemblan. La tía interviene con rapidez; para desviar la atención, se vuelve hacia Christine y pregunta: — ¿Qué sabes de Mary? ¿Tienes noticias de casa? Llevo todos estos días queriendo preguntarte. Pero Christine se vuelve aún más pálida y siente que le tiemblan hasta los dientes. ¡Por el amor de Dios! ¡En todo este tiempo no ha pensado en ellos! Lleva una semana aquí instalada y ni siquiera le ha llamado la atención el hecho de no haber recibido una sola línea; es decir, para ser más exactos, se extrañó a veces, en momentos muy fugaces, y se propuso una y otra vez escribir, pero siempre se inmiscuía alguna parranda. Ahora, sin embargo, el descuido le caía como un golpe sobre el corazón. —No me lo explico, pero la verdad es que hasta el día de hoy no he recibido ni una sola línea de casa. ¿Se habrá perdido algo? En ese momento, hasta la cara de la tía se pone rígida y severa. —Extraño —dice—, muy extraño. Pero tal vez se debe a que aquí te conocen por el nombre de miss Van Boolean y las cartas dirigidas a la señorita Hoflehner esperan intactas en la recepción. ¿Has preguntado al portero? —No —susurra Christine, abatida. Lo recuerda con claridad: ha querido preguntar tres o cuatro veces, cada día, de hecho, pero siempre pasaba algo y siempre lo olvidaba. —Perdona, tía, un momento —dice, incorporándose de un salto—. Ahora mismo voy a mirar. Anthony baja el periódico, pues lo ha oído todo. La sigue con una mirada furiosa. — ¡Ya ves! La madre gravemente enferma, ella misma nos lo contó, y ahora resulta que ni siquiera pregunta por su madre, sino que se pasa el día pendoneando. ¿No tenía yo razón? —Increíble, de verdad —suspira la tía—, no preguntar ni una sola vez por su madre en ocho días, y eso que conoce perfectamente la situación de Mary. Al principio era tan conmovedor su interés por su madre, me contó con lágrimas en los ojos lo terrible que le resultó dejarla sola. Es increíble cómo ha cambiado. Entretanto, Christine vuelve con pasos muy distintos, muy pequeños, confusa y avergonzada. Toda delgadita, se sienta en el amplio sillón; querría agazaparse como ante un golpe merecido. En efecto, había tres cartas y dos postales intactas en recepción; Fuchsthaler enviaba cada día informaciones precisas con un esmero conmovedor, y ella —esto le pesa como una piedra sobre la conciencia— ella se limitó a emborronar una postal con un lápiz de celerina. Ya no echó ni un vistazo más al mapa del amigo fiable y bondadoso, a aquel regalo trazado y dibujado con belleza y cariño, y de hecho ni siquiera lo sacó de la maleta; como quería olvidar su otro yo, su yo anterior, su yo Hoflehner, olvidó también todo cuanto había detrás, a la madre, a la hermana, al amigo. —Bueno —pregunta la tía al ver que las cartas tiemblan sin hablar en la mano de Christine—, ¿no quieres leerlas? — Sí, ahora mismo —ballucea Christine. Obediente, abre los sobres y recorre las líneas claras y pulcras de Fuchsthaler sin prestar atención a las fechas: «Hoy, gracias a Dios, se siente mejor», pone una de las cartas, y la otra: «Como le di mi palabra de honor, estimada señorita, de transmitirle noticias sinceras sobre el estado de su estimada señora madre, debo comunicarle por desgracia que ayer pasamos un día no exento de preocupaciones. La emoción causada por su partida causó unos estados de excitación no carentes de cierto riesgo...» Christine sigue hojeando precipitadamente. «La inyección consiguió que se tranquilizara en cierta medida, y esperamos y deseamos que todo vaya a mejor, aunque el peligro de un nuevo ataque no está del todo excluido.» —A ver —pregunta la tía—, ¿cómo está la madre? —Muy bien, muy bien —responde la sobrina, toda avergonzada— es decir, mamá ha vuelto a tener molestias, pero ya han pasado, y os manda saludos, y mi hermana también os besa la mano y os da las gracias. Sin embargo, ni ella se cree lo que dice. ¿Por qué no escribe mamá?, piensa ella nerviosa. ¡Ni una sola línea ha escrito! Tal vez debiera telegrafiar o llamar por teléfono a la oficina de correos, pues mi sustituta sin duda está al corriente. De todos modos, debo escribir enseguida, pues es una vergüenza no haberlo hecho hasta ahora. No se atreve a alzar la vista por temor a toparse con la mirada observadora de la tía. —Pues sí, sería bueno que les escribieras algún día con detalle — señala la tía como si hubiera adivinado sus pensamientos—. Y mándales los saludos más cordiales de nuestra parte. Por cierto, tampoco iremos hoy al salón, sino que subiremos enseguida a nuestra habitación. Quedarse cada día hasta

tan tarde cansa mucho a Anthony. Ayer no pudo dormirse, y eso que está aquí para descansar al fin y al cabo. Christine percibe el reproche implícito. Se asusta, y su corazón se empequeñece y se enfría de repente. Avergonzada, se acerca al anciano. —Por favor, tío, no me lo tomes a mal. No podía intuir que esto te agota. El anciano, todavía un tanto ofendido y ya un tanto conmovido por su tono humilde, suelta un gruñido de rechazo: —Nada, que nosotros los viejos siempre dormimos mal. A veces me divierte estar en medio del jaleo, pero no cada día. Y al fin y al cabo, no nos necesitas, ya tienes compañía suficiente. —No, no, de ninguna manera, iré con vosotros. Christine ayuda con cuidado al anciano a entrar en el ascensor y lo guía con tanto cariño y preocupación que a la tía se le va poco a poco el disgusto. —Debes entender, Christine, que nadie quiere prohibirte la diversión —dice mientras el ascensor sube a toda velocidad las dos plantas—, pero también te hará bien dormir una vez a pierna suelta, porque de lo contrario puedes agotarte y todo tu descanso se irá al traste. No te hará daño introducir una pausa en la parranda. O sea que quédate hoy tranquila en tu habitación y dedícate a escribir cartas porque, a decir verdad, no es bueno que te pases el día de juerga con esta gente y, por otra parte, no estoy muy encantada con todos ellos. Preferiría verte con el general Elkins que con estos jóvenes que quién sabe de dónde vienen. Créeme que harás bien en quedarte hoy aquí arriba. —Sí, lo prometo, tía —dice Christine con suma humildad—. Tienes razón, yo también lo sé. Sólo que... no sé cómo... pero estos días me volvieron toda confusa y caótica, a lo mejor es el aire y todo eso. Pero yo misma estoy contenta de poder reflexionar una vez en calma y escribir cartas. Así que tú confía en mí, que enseguida voy a mi habitación. ¡Buenas noches! Tiene toda la razón y sólo quiere mi bien, piensa Christine mientras abre su cuarto. En efecto, no debería haberme dejado arrastrar de esta manera. ¿Para qué toda esta prisa, si tengo tiempo suficiente, si faltan ocho, nueve días? ¿Y qué puede pasarme si pido una baja por enfermedad, si llamo por teléfono pidiendo una prórroga? Nunca he tomado vacaciones y no he faltado un solo día en todos los años de servicio. Ya me creerán en la dirección, y la sustituta estará contenta. Qué maravillosa la calma de esta bella habitación. No se oye ni un ruido aquí arriba. Por fin puedo meditar y reflexionar sobre todo. Sí, y los libros que me prestó lord Elkins, tengo que leerlos... pero no, primero las cartas, he subido a escribir cartas. Es una vergüenza no haber escrito en ocho días ni una sola línea a mi madre, a mi hermana, al bueno de Fuchsthaler, y también debo enviar una postal a la ayudante, que es lo que corresponde, y además prometí una postal a los hijos de mi hermana. Pero además prometí otra cosa, no sé qué —por Dios, qué confusa que estoy, ¿qué habré prometido?—, sí, prometí al ingeniero que mañana a la mañana saldríamos juntos de excursión. No, no sólo con él, lo esencial es no salir sola con él, y además, mañana tendré que estar con el tío y la tía, no, no iré sola con él... Pero entonces debería declinar la invitación, debería bajar rápido para que mañana no espere en vano... No, he prometido a la tía que me quedaría aquí... Además, puedo pedir por teléfono al portero que le avise... sí, por teléfono, es la mejor solución. No, no... Qué pensarán, creerán que estoy enferma o sometida a arresto domiciliario, y toda la pandilla se reirá de mí. Lo mejor será enviarle unas líneas, sí, lo prefiero así, y al mismo tiempo mandaré también las otras cartas para que el portero las lleve mañana a primera hora al correo... Caramba... ¿Dónde está el papel de cartas?... Vaya, la carpeta está vacía, lo cual no debería ocurrir en un hotel tan elegante... Bueno, se puede tocar el timbre, y la camarera enseguida me las subirá... Pero ¿se puede llamar a esta hora? Han pasado las nueve, quién sabe, a lo mejor están todos durmiendo y quizá resulte incluso raro que alguien toque el timbre a la noche por un par de hojas... Lo mejor será que baje yo misma corriendo y vaya a buscarlas al cuarto de escribir... Con tal de no toparme con Edwin por el camino... La tía tiene razón, no debería acercarme tanto a él... ¿Se permitirá con otras lo de esta tarde en el coche?... Acariciarme las rodillas, no entiendo, a decir verdad, cómo pude admitirlo... De hecho, debería haberme apartado y debería habérselo prohibido... Si sólo lo conozco desde hace unos cuantos días. Pero me quedé paralizada... Es terrible la parálisis que sientes cuando un hombre te toca... Jamás me habría imaginado que la fuerza te abandonara... ¿Serán iguales las otras mujeres?... No, no te lo dirán nunca, por mucho que hablen con descaro, por muchas historias locas que cuenten... Debería haber hecho algo, porque creerá que una se deja tocar por cualquiera... O se imaginará que es esto lo que quiero... Era estremecedor sentir el cosquilleo de la piel hasta en las puntas de los pies... Entiendo que si se lo hace a una chica, ésta enloquezca... Y cuando de pronto me apretaba el brazo en las curvas, era terrible... Tiene unos dedos muy delgados, nunca he visto unas uñas tan cuidadas en un hombre, parecen de mujer, pero cuando agarra, una tiene la sensación de que es una grapa de hierro... ¿Lo hará igual con todas?... Seguramente... Deberé observarlo la próxima vez cuando baile... Lo terrible es no saber nada, pues cualquier otra joven de mi edad está informada y sabría hacerse respetar... O aquello que contó Carla de las puertas que se abren y cierran durante la noche... Tendré que echar el cerrojo ahora mismo... Conque fueran sinceras, conque no se fueran por las ramas ni se salieran por la tangente, conque una supiera cómo lo hacen, si también las atrapa y las confunde de igual modo... ¡Nunca me pasó nada parecido! Sí, una vez, hace dos años, cuando aquel caballero elegante me interpeló en la calle Währinger... Pues, a decir verdad, se parecía mucho, también alto y erguido... Al fin y al cabo, no habría

ocurrido nada, podría haber cenado con él cuando me invitó... Todos se conocen de alguna manera. Pero entonces me dio miedo llegar tarde a casa... Toda mi vida he tenido un miedo estúpido y he respetado a todos, a todos... Pero en eso, el tiempo pasa y se te forman patas de gallo... Las otras fueron más listas y supieron mejor... En serio, ¿se quedaría otra chica aquí sentada, sola en la habitación, mientras abajo brillan las luces y la gente se divierte?... Sólo porque el tío está cansado... Ninguna se quedaría sentada a una hora tan temprana de la noche... ¿Qué hora será?... Sólo las nueve, las nueve... Seguro que no podré dormirme, imposible... De pronto me entra un calor... Sí, abrir las ventanas... Qué bien hace el frío que refresca los hombros desnudos... Debo de tener cuidado de no resfriarme... Qué va, siempre la pusilaninidad estúpida, siempre la precaución, la cautela... ¿De qué sirve?... ¿Qué maravilla este aire que atraviesa el vestido fino, una se siente desnuda!... ¿Para qué me lo habré puesto y para quién?... No me verá nadie así vestida mientras esté en la habitación... ¿No debería bajar rápidamente?... Debería ir a buscar papel de cartas o, de hecho, podría escribirlas abajo, en el cuarto de escribir... No puede pasar nada... está helado, prefiero cerrar la ventana: la habitación está gélida... ¿Y quieren que me quede sentada en este sillón vacío?... Vaya tontería, bajaré corriendo y entraré en calor... Pero ¿y si me ve Elkins, u otra persona, y se lo cuenta mañana a la tía?... Nada... diré que bajé las cartas a la recepción... No podrá objetarme nada... No me quedaré abajo, me limitaré a escribir las cartas, las dos cartas, y subiré enseguida... ¿Dónde está mi abrigo? No, nada de abrigo, pues subiré sin perder tiempo, sólo las flores... No, éstas son de Elkins... Pero no importa, van bien... Quizás debería echar un vistazo a la puerta de la tía, por ver si ya duerme... Tontería, para qué lo necesito... Ya no soy una colegiala... ¡Siempre el estúpido miedo!... No necesito permiso para bajar por tres minutos. O sea que adelante... Así pues, baja con temor y precipitación las escaleras, como si quisiese atropellar su propia vacilación. Consigue, en efecto, pasar por el salón rebosante de danza y gentío y refugiarse en el cuarto de escribir. La primera carta está escrita y la segunda, a punto de concluir. En eso siente el peso de una mano sobre el hombro. — ¡Queda usted detenida! Qué refinada, se esconde en este cuarto. Llevo una hora buscando en todos los rincones a la señorita Von Boolean, preguntando a medio mundo, la gente ya se ríe de mí, y ahora resulta que está escondida, agazapada como el conejito en el granero. Pero ahora ¡al ataque! El hombre alto y delgado está detrás de ella; Christine vuelve a sentir hasta en los nervios aquel contacto funesto. Sonríe débilmente, asustada por el asalto pero al mismo tiempo encantada de que media hora le bastara para echarla de menos. Sea como fuere, aún guarda fuerzas para defenderse: —No, esta noche no puedo bailar, no puedo. Aún me quedan cartas por escribir, que deben salir con el tren de la mañana. Además, prometí a mi tía que me quedaría arriba esta noche. O sea que imposible, no puedo. Se enfadaría mucho si supiera que he vuelto a bajar. (*providence university fees*).

Audiolibro La Embriaguez De La Metamorfosis Stefan Zweig

25

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>